

Interiores y exteriores politológicos

BJÖRN HAMMAR

Una empobrecedora división de la labor politológica

Con este trabajo se pretende indagar en unas escisiones ontológicas sobre las que se han construido determinadas nociones acerca de los espacios políticos. Partimos de una división presente en la Ciencia Política contemporánea que sirve para poner de manifiesto estas nociones: la brecha entre la Teoría Política y las Relaciones Internacionales. Durante tiempo los contactos entre estas dos disciplinas fueron escasos, pero en la última década han comenzado a hacerse sitio inquietudes en ambas especialidades que, directa o indirectamente, ponen en duda la conveniencia de que las Relaciones Internacionales y la Teoría Política constituyan esferas de conocimiento tan separadas como tradicionalmente ha sido el caso ¹.

La división de estas subdisciplinas es un ejemplo de cómo el saber politológico se ha hecho en función de una serie de supuestos con base en una estricta separación epistemológica y ontológica entre espacios políticos interiores y exteriores. Uno de estos supuestos dicta que los asuntos susceptibles de reflexión por parte de la Teoría Política se sitúan en (o versan sobre) el interior de los estados. Otro asume que el objeto de estudio de las Relaciones Internacionales está constituido por unos sujetos estatales predefinidos que interactúan en una esfera estrictamente *exterior* (a ellos) ².

¹ Para una postura que parte de la Teoría Política, véase W.E. Connolly, *Identity/Difference: Democratic Negotiations of Political Paradox*, Cornell University Press, 1991, pp. 49-63 y 216 y ss, y para una obra que desde las Relaciones Internacionales llega a ese mismo nexo, véase R.B.J. Walker, *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, especialmente capítulo 1. Ver también N.J. Rengger, *International Relations, Political Theory and the Problem of Order*, Routledge, Londres, 2000.

² Esta postura acerca de la brecha entre Teoría Política y Relaciones Internacionales es, por ejemplo, representada por M. Wight, «Why Is There No International Theory?», en H. Butterfield y M. Wight (eds.), *Diplomatic Investigations*, Allen and Unwin, Londres, 1966, pp. 17-34.

Estas nociones generales sobre los espacios del saber político han dominado gran parte de la labor investigadora, tanto en el seno de las Relaciones Internacionales como en la Teoría Política. Pero ambas disciplinas han tendido a desplazar a una esfera pre-política, pre-social o pre-científica las cuestiones relacionadas con la misma constitución *re*-constitución de los límites del espacio político. El desplazamiento del problemático nexo entre interior y exterior político lo observamos de forma especialmente nítida en las Relaciones Internacionales. Esta especialidad tiende a darse por satisfecha con el hecho de declarar —sin adentrarse en lo que se entiende como cuestiones de «filosofía»— que es preciso ser fiel a determinadas concepciones sobre la naturaleza de la «acción exterior» del estado soberano como axioma para cualquier actividad que pretenda estudiar la política internacional³.

La forma en que se han concebido los entes políticos en las Relaciones Internacionales es en realidad uno de los motivos más importantes de la estricta separación politológica, en función de la cual se ha establecido, por un lado, el estudio de una política internacional (como interestatal) y, por otro, unos campos de saber dedicados a lo que se relaciona con la política *intra*-estatal. Para la teoría realista de la Política Internacional, la soberanía principalmente ha constituido un supuesto de indivisibilidad e igualdad cualitativa de los sujetos estatales⁴. Durante tiempo fue escasa la reflexión sobre teoría y filosofía política en las Relaciones Internacionales, una reflexión que en esta especialidad académica no solía ir más allá de un simple resumen y reificación de determinados postulados sobre los entes estatales y la naturaleza de su «acción exterior». En dicho *corpus* teórico se describen estados que en el sistema internacional se manifiestan como sujetos monolíticos y racionales que actúan defendiendo unos intereses nacionales dados en un entorno anárquico (sin autoridad centralizada, jerárquica, coercitiva y legítima)⁵. El uso que en este contexto se ha hecho de pensadores como Tucídides, Maquiavelo y Hobbes no suele constituir mucho más que una repetición rutinaria de unos *postulados* sobre, por ejemplo, la Naturaleza humana, el Estado y la Guerra, sin adentrarse en los *problemas* teóricos y filosóficos que estos autores planteaban sobre la

³ Estos conceptos axiomáticos no tienen por qué limitarse exclusivamente al «Estado soberano», sino que también desempeñan funciones en este sentido términos como «Nación» o «Pueblo», entendidos como entes irreductibles y dados a partir de los cuales se podrían derivar las explicaciones a lo que sucede en la política internacional.

⁴ Sobre la «igualdad cualitativa» de los estados en el sistema internacional, véase R.O. Keohane, «Realism, Neorealism and the Study of World Politics», en R.O. Keohane (ed.), *Neorealism and Its Critics*, Columbia University Press, Nueva York, 1986, p. 11 y ss.

⁵ Para referencias destacadas de la tradición realista de las Relaciones Internacionales véanse, por ejemplo, E.H. Carr, *The Twenty Years Crisis, 1919-1939*, MacMillan, Londres, 1939, y H.J. Morgenthau, *Politics among Nations*, University of Chicago Press, Chicago, 1948. El neorealismo es mejor representado por K. Waltz, *Theory of International Politics*, Addison Wesley, Reading, 1979.

construcción de los entes políticos. Difícilmente podemos categorizar semejantes referencias obligatorias como una labor perteneciente a la Teoría Política como una actividad reflexiva.

Por otra parte, el hecho de que el estudio de las Relaciones Internacionales se encontrara en esta situación tal vez no tiene por qué extrañarnos demasiado si nos acercamos al desarrollo de la Teoría Política como parte de las Ciencias Sociales y Políticas durante la segunda mitad del siglo XX⁶. Varios son los autores que han señalado la separación o *divorcio* entre Teoría Política y otras (sub)disciplinas, pero las causas y soluciones de esta situación varían en función de qué visión y qué función reservan los investigadores para la Ciencia Política en general y para la Teoría Política en particular⁷. Hace tiempo que algunos autores incluso llegaron a declarar la muerte y la definitiva decadencia de este último campo politológico⁸.

Independientemente de cómo queramos valorar tal brecha disciplinaria, es evidente que durante la segunda mitad de este siglo la Teoría Política se ha ido desplazando hacia posiciones con pocos encuentros e intercambios con los enfoques predominantes de la Ciencia Política *empírica*. En las Relaciones Internacionales, la marginación de la Teoría Política ha seguido los mismos esquemas que en el resto de la Ciencia Política, especialmente durante y en las postrimerías de la «revolución conductista» de los años 50 y 60, significando, entre otras cosas, creer ciegamente en la ilusión epistemológica de poder separar de modo estricto y procedimental las esferas de complejo teórico, por una parte, e investigación empírica por otra. Y se puede observar una tendencia generalizada de *marginalizar* la Teoría Política en la politología norteamericana a lo largo de todo el siglo XX, una tendencia que se ha reforzado en los últimos cincuenta años⁹.

Las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial constituyen además el período durante el cual las Relaciones Internacionales se institucionalizan y se hacen fuertes en los departamentos de Ciencia Política de las universidades norteamericanas y, posteriormente, en la academia europea. Bien es cierto que esta evolución de la disciplina se observa de forma más evidente en los ámbitos universitarios de los EE.UU. Pero, con todas las particularidades que pueda mostrar la Ciencia Política de ese país, hemos de tener en cuenta que las formas de practicar la politología

⁶ J.G. Gunnell, *The Descent of Political Theory: The Genealogy of an American Vocation*, University of Chicago Press, Chicago, 1993, y D. Ricci, *The Tragedy of Political Science: Politics, Scholarship, and Democracy*, Yale University Press, New Haven, 1984.

⁷ Ver, por ejemplo, las posturas de T. Ball, *Reappraising Political Theory: Revisionist Studies in the History of Political Thought*, Clarendon, Oxford, 1995, pp. 39-53; L. Strauss, *What is Political Philosophy*, University of Chicago Press, Chicago, 1988, pp. 9-56, y S. Wolin, «Political Theory as a Vocation»: *American Political Science Review*, 63 (1969), pp. 1062-1082.

⁸ P. Lasslett (ed.), *Philosophy, Politics and Society*, Blackwell, Oxford, 1956, p. vii, citado en T. Ball, *Reappraising Political Theory*, p. 41.

⁹ Gunnell, *The Descent of Political Theory*, p. 221 y ss.

en Estados Unidos en gran medida se han fusionado con la evolución inter o, mejor dicho, transnacional de la disciplina.

Al situar en este período el establecimiento de las Relaciones Internacionales como una rama politológica, no pretendemos negar que con anterioridad a estas fechas existieran estudios sobre las relaciones entre estados, en algunos casos realizados en el seno de las Ciencias Sociales surgidas a finales del siglo XIX¹⁰. Pero queremos subrayar que fue a partir de la II Guerra Mundial cuando las Relaciones Internacionales se *institucionalizaron definitivamente* como una subdisciplina politológica con relativa independencia en el seno de las Ciencias Sociales.

Las Relaciones Internacionales mantendrían escasa relación con el conjunto de la Ciencia Política, caracterizada en esta época por el «giro conductista», a pesar de su reciente incorporación como una rama de esta última. La relativa independencia de otras especialidades politológicas no significó que las Relaciones Internacionales se alejaran de las predominantes tendencias anti-reflexivas de la Ciencia Política conductista de la época, situándose con ella en una posición disciplinaria que no veía necesidad de inquirir detenidamente sobre cuestiones de teoría y filosofía política. Pero como ha venido demostrándose en la última década, tanto desde las Relaciones Internacionales como desde la Teoría Política, existen motivos importantes para cuestionar la necesidad, conveniencia y posibilidad de una división tan estricta entre ambas (sub)disciplinas¹¹. Estos debates sobre la identidad, la interconexión y el objetivo de diferentes subdisciplinas no se refieren únicamente a la división entre Relaciones Internacionales y Teoría Política, sino que también trasladan este planteamiento a los nexos entre diferentes campos de las ciencias sociales y humanas en general¹².

Transformaciones globales y debates metateóricos

Podemos distinguir dos argumentos generales con los que se ha invalidado la estricta separación entre Relaciones Internacionales y Teoría Política. Primero, nos encontramos con argumentos metateóricos provenientes de enfoques «postpositivistas» —por así llamar de alguna forma un gran abanico de autores y posturas— de la filosofía de la ciencia y de la teoría

¹⁰ Sobre este particular, véase J. George, *Discourses of Global Politics*, Lynne Rienner, Boulder CO, p. 69 y ss.

¹¹ D. Held, *Democracy and the Global Order: from the Modern State to Cosmopolitan Governance*, Polity Press, Cambridge, 1995, pp. 23-27.

¹² Ver, por ejemplo, Y. Lapid y F. Kratochwil (eds.), *The Return of Culture and Identity in IR Theory*, Boulder: Lynne Rienner, 1996, y P. Rosenau, «Once Again into the Fray: International Relations Confronts the Humanities»: *Millenium: Journal of International Studies*, 19 (1990), pp. 83-110.

del conocimiento. Estos argumentos ponen en duda lo que entienden como el positivismo reinante en las Ciencias Sociales, cuestionando supuestos racionalistas y empiristas con los que se creía haber desplazado las cuestiones o «especulaciones» teóricas de la agenda de investigación. En este caso se subraya que una serie de supuestos positivistas en las Ciencias Sociales ha sido asumida de forma demasiado inconsciente por los enfoques ortodoxos de las Relaciones Internacionales. Es importante destacar que el objetivo de esta crítica no es quedarse en debates sobre «metodología» o «teoría empírica», sino introducir perspectivas teóricas que, de una u otra forma, pretenden centrarse en:

«the questioning and transgression of limits, not the assertion of boundaries and frameworks; a readiness to question how meaning and order are imposed, not the search for a source of meaning and order already in place; the unrelenting and meticulous analysis of the workings of power in modern global life, not the longing for a sovereign figure (be it man, God, nation, state, paradigm or research program)»¹³.

No se trata simplemente de valorar o elegir *entre* diferentes teorías, sino introducir unas discusiones *sobre* la misma concepción de teoría sin eliminar las dimensiones ontológicas. Al no desplazar las cuestiones ontológicas de la agenda investigadora, constituyen objetos de estudio conceptos que para muchos han supuesto axiomas absolutos (y en realidad «pre-teóricos») del saber político. El hecho de señalar la inestabilidad inherente de conceptos políticos fundamentales no significa descartar su *importancia*, sino interesarse por cómo sus *usos* dotan de sendos sentidos políticos. Podemos argumentar que la misma concepción de *soberanía* constituye un ejemplo de una ilusión fundacionista, porque «[S]overeignty is presence and the delight in [*jouissance*] presence»¹⁴. Es decir, la soberanía ejemplifica lo que algunos han definido como la ilusión *logocéntrica* de poder percibir una *presencia plena* de una entidad que, por *sí misma*, encarnaría una representación *pura* o *mimética* (de la realidad, de la voluntad, de la identidad, de la nación...).

Si ponemos en cuestión esta concepción de representaciones *puras* (tanto políticas como epistemológicas), se abren posibilidades de contemplar las continuas *ambigüedades* que presentan los usos de términos que durante mucho tiempo han sido tomados por supuestos en el discurso político (y

¹³ R. K. Ashley y R.B.J. Walker, «Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies»: *International Studies Quarterly*, 34:3 (1990), p. 265. [«cuestionar y trascender límites, no en afirmar fronteras y marcos conceptuales; una predisposición para cuestionar cómo se impone sentido y orden, no en la búsqueda de una fuente de sentido y orden predeterminados; análisis implacables y meticulosos de las prácticas de poder en la vida global moderna, no en la añoranza de un ente soberano (sea éste el hombre, Dios, nación, paradigma o programa de investigación)».]

¹⁴ J. Derrida, *Of Grammatology*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1976, p. 296.

politológico)¹⁵. Con esto se quiere destacar que conceptos como la soberanía nunca han constituido fundamentos prepolíticos unívocos y estáticos para la vida política internacional/nacional, sino que han formado parte de prácticas discursivas y retóricas en las cuales han sido *utilizados* en sucesivos momentos de *re-definición*, para así dar sentido a sucesivos tiempos y espacios políticos.

Un segundo grupo de crítica, dirigido al escaso contacto entre Relaciones Internacionales y Teoría Política, parte de una postura más empírica, al señalar las transformaciones que se han experimentado en la política mundial finisecular. Estos argumentos destacan la múltiple fragmentación e interconexión entre personas, sociedades y estados a distintos niveles. Esta crítica enfatiza que han surgido nuevas relaciones complejas que están haciendo borroso e impotente el sujeto estatal de las Relaciones Internacionales. En este último intento de invalidar la división tradicional de la labor investigadora politológica encontramos, por un lado, determinadas afirmaciones sobre la *globalización*, ya de sobra conocidas, que destacan que cada vez más actividades, sectores y problemas se ven interconectados independientemente de las fronteras entre los estados. Esta interconexión contribuye a que las comunidades políticas sean cada vez más *permeables* y los sujetos interestatales cada vez menos unitarios y más difíciles de observar como actores unitarios y soberanos¹⁶. A esto se unen los fenómenos de fragmentación política de los entes políticos «desde abajo» (y «hacia fuera») mediante regionalismos y nacionalismos sub y/o transnacionales y, «desde arriba», por los procesos de integración regional (potencialmente) supraestatal¹⁷.

Señalando semejantes tendencias de globalización, fragmentación e integración de los entes políticos, algunos autores sostienen que antiguos conceptos, divisiones y fronteras políticos ya no tienen el mismo sentido, ni gozan de la misma legitimidad, que en el mundo que los vio surgir¹⁸.

¹⁵ Sobre el concepto de soberanía en este sentido ver, por ejemplo, J. Bartelson, *A Genealogy of Sovereignty*, Stockholm Studies in Politics, Estocolmo, 1993; T.J. Biersteker y C. Weber (eds.), *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; R.B.J. Walker y S.H. Mendlowitz (eds.), *Contending Sovereignties: Rethinking Political Community*, Lynne Rienner, Boulder, 1990, y C. Weber, *Simulating Sovereignty: Intervention, the State, and Symbolic Exchange*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

¹⁶ A estas alturas del siglo la literatura que trata los temas de la «globalización» ha llegado a ser muy extensa. Para unas exposiciones recientes que enfatizan la importancia y aceleración de estos procesos en diferentes ámbitos y sus (potenciales) consecuencias políticas, véase M. Castells, *La sociedad red*. Alianza, Madrid, 1997; I. Clark, *Globalization and International Relations Theory*, Oxford University Press, Oxford, 1999, y D. Held, *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Polity Press, Londres, 1999.

¹⁷ Éstas no son ideas y observaciones muy nuevas, pero se han hecho más insistentes durante la última década. Para una postura neofuncionalista tradicional ver, por ejemplo, E. Haas, *Beyond the Nation-State*, Stanford University Press, Stanford, 1964.

¹⁸ J.A. Camilleri y J. Falk, *The End of Sovereignty? The Politics of a Shrinking and Fragmenting World*, Edward Elgar, Aldershot, 1992, pp. 3 y ss.

En esta categoría de crítica podemos también situar los argumentos que destacan la esfumación del orden estratégico bipolar de la Guerra Fría y sus consecuencias para la teoría de las Relaciones Internacionales¹⁹.

Si seguimos esta argumentación sobre anacronismo teórico en un mundo transformado, lo que se echa en falta, tanto en la Teoría Política como en las Relaciones Internacionales, son formas post-westfalianas de estudiar la política mundial y el transformado vínculo entre esfera internacional y doméstica. En este tipo de críticas se subraya que la política mundial ha cambiado y, como consecuencia de ello, deben revisarse los antiguos esquemas explicativos.

Para resumir: por una parte nos topamos con argumentos que se dirigen a la disciplina de las Relaciones Internacionales y sus supuestos teóricos, cuestionando su ontología política desde posiciones que consecuentemente cabe denominar *metateóricas* y, por otra, encontramos unos enfoques que, desde una valoración del estado actual de la política mundial, acusan a las posturas ortodoxas de ser anacrónicas por no tener en cuenta una realidad política inmersa en transformaciones profundas y aceleradas. Ambos conjuntos de críticas ponen de relieve la rigidez de los enfoques tradicionales al considerar que han perdido su potencial —si se piensa que alguna vez lo hayan poseído— para explicar e interpretar la política mundial y «doméstica».

Pluralismo epistemológico y la concepción de teoría

Las interrogaciones sobre el objeto de las Relaciones Internacionales se han visto envueltas en debates que con frecuencia llegan a inquirir sobre la misma naturaleza de las ciencias y teorías sociales²⁰. Estas polémicas sobre lo que es o lo que debe ser la disciplina se nutren de controversias y preferencias filosóficas y metateóricas sobre, por ejemplo, el saber, el lenguaje e interpretaciones de lo que constituyen las virtudes y vicios de la *Modernidad*. Esto forma evidentemente parte de temas mucho más amplios, que podemos encontrar en una serie de campos de investigación de las ciencias sociales y humanas en general.

Bien puede ser verdad que las Relaciones Internacionales en estos temas filosóficos y (meta)teóricos es «an absorber and importer, not a pro-

¹⁹ Ver, por ejemplo, M. Bowker, y R. Brown (eds.), *From Cold War to Collapse: Theory and World Politics in the 1980s*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, y R.N. Lebow y T. Risse-Kappen (eds.), *International Relations Theory and the End of the Cold War*, Columbia University Press, Nueva York, 1995.

²⁰ A este respecto, véanse R.K. Ashley y R.B.J. Walker, «Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies», pp. 259-268, y J. George y D. Campbell, «Patterns of Dissent and the Celebration of Difference», *International Studies Quarterly*, 34:3 (1990), pp. 269-294.

ducer in its own right»²¹, pero también es cierto que esta disciplina ha mostrado ser una ciencia social en la que, con mucha insistencia, se han introducido debates sobre postpositivismo, postestructuralismo y teoría social crítica, por mencionar sólo algunas de las corrientes que han sido utilizadas en las polémicas con los enfoques ortodoxos de la disciplina.

Para indicar la diversidad teórica existente en las Relaciones Internacionales, podemos señalar estudiosos que buscan inspiración en la concepción del lenguaje del Wittgenstein tardío, la filosofía de la ciencia post-kuhniiana, los enfoques hermenéuticos de Gadamer y Ricoeur, las diferentes versiones de la teoría social crítica, las teorías estructuracionistas, las genealogías nietzscheanas-foucauldianas o las estrategias de deconstrucción con orígenes en la obra de Derrida. El hecho de mencionar juntos a estos pensadores como fuentes de inspiración para los investigadores de las Relaciones Internacionales no supone que sea posible hacer una síntesis de todos ellos ni definir una supuesta «gran alternativa», capaz de hacer tabla rasa con anteriores conceptos y saberes en este campo. Las nuevas perspectivas que se han introducido en esta disciplina no constituyen «una nueva teoría» de la política internacional, siendo sus preferencias teóricas bastante diversas²². En la mayoría de los casos se trata, por el contrario, de introducir cuestiones que ponen en movimiento la misma idea de un *corpus* teórico y ontológico unitario y omnipresente.

Las mismas cuestiones sobre cómo categorizar y situar las nuevas perspectivas que han surgido en el nexo entre Relaciones Internacionales y Teoría Política forman en realidad parte de polémicas sobre la naturaleza y el objeto de las Ciencias Sociales en general. Esto es ilustrado por el hecho de que varias polémicas sobre el futuro y el estado de las Relaciones Internacionales hayan llegado a centrarse en cómo valorar el pluralismo teórico reinante en esta disciplina²³. Muchos autores insisten (con razón) en que el pluralismo teórico es un *bien necesario*, sin el cual sería imposible estudiar la complejidad que nos presenta la política mundial:

«Theoretical pluralism is the only possible response to the multiple realities of a complex world. Any attempt to establish an orthodoxy of a particular perspective

²¹ Y. Lapid, «The Third Debate: On the Prospects of International Theory in a Post-Positivist Era», *International Studies Quarterly*, 33 (1989), pp. 236-37. [«un absorbente y un importador, no un productor propiamente dicho.»]

²² A. Wendt, «Constructing International Politics»: *International Security*, 20:4 (1995), p. 72.

²³ Para posturas a este respecto, véanse Y. Ferguson y R. Mansbach, «Between Celebration and Despair: Constructive Suggestions for Future International Theory»: *International Studies Quarterly*, 35:4 (1991), pp. 363-387; K.J. Holsti, «Mirror Mirror on the Wall, Which are the Fairest Theories of All»: *International Studies Quarterly*, 33 (1989), pp. 255-261, y T.J. Biersteker, «Critical Reflections on Post-Positivism in International Relations»: *International Studies Quarterly*, 33 (1989), pp. 263-267.

or methodology can only result in over-simplification and lost opportunities for expanded knowledge»²⁴.

El pluralismo teórico puede, empero, llevar a conclusiones bien distintas sobre el estado de la disciplina de las Relaciones Internacionales. Si nos detenemos ante la concepción de *disciplina* científica podemos esclairer algunas diferencias destacadas *entre* o, tal vez, *dentro* de los nuevos enfoques, por ejemplo categorizados como postpositivistas, teóricos críticos, postestructuralistas o postmodernos. Los investigadores cuya labor teórica está en concordia con los planteamientos de los paradigmas kuhnianos, se inclinan por declarar la inminente emergencia de un programa de investigación «cohesionado», una nueva *ciencia normal*, por no decir una nueva ortodoxia²⁵. Los que no aceptan la concepción kuhniana de *ciencia normal* pueden, por otra parte, adoptar una postura más cercana a una visión del saber acorde con las genealogías foucauldianas y la *différance* de Derrida, pretendiendo explotar las posibilidades y los retos de una ciencia que constantemente hace problemática la misma idea de una ortodoxia científica compuesta por un paradigma de saber unitario²⁶. Los investigadores que adoptan esta última postura se niegan, consecuentemente, a ser «encerrados» por las mismas normas sobre una ciencia unitaria, que han dominado los enfoques objetos de su crítica.

Desde enfoques tradicionales de las Relaciones Internacionales, se han escuchado voces que denuncian la falta de un programa de investigación *cohesionado* de los nuevos enfoques, un programa que, según estas voces, debería organizarse acorde con determinados principios de una ciencia social empírica. Según estas denuncias realistas, dicha organización de la disciplina debería servir para abandonar, lo más rápido posible, lo que ellos entienden como asuntos meramente «teóricos» o «reflexivos»²⁷. Semejantes posturas consideran que la reflexión sobre Teoría y Filosofía Política, o bien tiene un reducido lugar en su labor investigadora mediante unas referencias escuetas a una serie de axiomas irrefutables o bien no pertenecen a su rama de ciencia sino a algún «diálogo erudito» y «esotérico» que

²⁴ Holsti, «Mirror; Mirror on the Wall, Which are the Fairest Theories of All», p. 256. [«Pluralismo teórico es la única respuesta posible a las realidades múltiples de un mundo complejo. Cualquier intento de establecer una ortodoxia de una perspectiva particular o de una metodología únicamente puede suponer una simplificación excesiva para un conocimiento expansivo».]

²⁵ R.O. Keohane, «International Institutions: Two Approaches», *International Studies Quarterly*, 32 (1988), p. 393.

²⁶ Para iniciativas tempranas en este sentido, véanse, por ejemplo, J. DerDerian, *On Diplomacy: A Genealogy of Western Estrangement*, Blackwell, Oxford, 1987; R.K. Ashley, «Untying the Sovereign State: A Double Reading of the Anarchy Problematique»: *Millennium: Journal of International Studies*, 17 (1988), pp. 227-262, y J. DerDerian y M.J. Shapiro (eds.), *International/Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics*, Lexington Books, Lexington, 1989.

²⁷ Keohane, «International Institutions: Two Approaches», pp. 379-96.

no les conciernen en su trabajo «empírico» e «instrumental», supuestamente asentado de forma definitiva en la realidad «pura y dura» de la política mundial²⁸.

Esta reticencia a adentrarse en problemas «teóricos» nos ejemplifica cómo la concepción de *teoría* en las Relaciones Internacionales ha sido bastante limitada, reduciéndose frecuentemente a la idea de una «teoría empírica» o «formal». Con esta visión de labor teórica, se pretenden abordar únicamente cuestiones que versan sobre cómo organizar la recogida y el análisis de «datos». Así vemos cómo en las Relaciones Internacionales se ha asumido la idea de una «teoría formal» que se había hecho fuerte en la ciencia política desde la posguerra mundial²⁹. Uno de los objetivos de esa «teoría formal» es evidentemente desplazar de la agenda investigadora los problemas teóricos y ontológicos, para que ésta pueda centrarse en los «datos empíricos» que, posteriormente, sirven para empíricamente probar o refutar hipótesis. Semejante visión del objetivo y del quehacer de las ciencias sociales no pretende expresamente eliminar cualquier discusión sobre teoría, sino que sostiene que es posible una separación nítida entre teoría y empiria en estas (y otras) ciencias.

Lo que no entienden los investigadores que quieren aplicar su particular noción de teoría empírica a todo el mundo, o a su particular «comunidad científica», es que muchos de los nuevos enfoques pretenden, precisamente, cuestionar y estudiar los límites de la noción de teoría empírica pretendidamente monopolizada por una ortodoxia académica que la ha profesado como la única concepción de ciencia posible. Precisamente por ello son necesarias nuevas perspectivas que inquieren sobre dicotomías y límites conceptuales que han sido impuestos con la ayuda de una ciencia social que se contenta con tomar determinados supuestos ontológicos y epistemológicos por dados como fundamentos *para* —pero separados *de*— la investigación empírica.

Los enfoques que han comenzado a surgir en el nexo entre Relaciones Internacionales y Teoría Política no se definen únicamente por una simple negativa a incorporarse a una tradición investigadora establecida. Hacen problemáticos aspectos que con frecuencia han sido ignorados o desplazados en ambas disciplinas, a pesar de ser fundamentales para construir nociones sobre los entes políticos³⁰. Podemos apreciar nuevas posibilidades de

²⁸ K. Waltz, «A Response to My Critics», en Keohane (ed.), *Neorealism and Its Critics*, p. 339.

²⁹ Sobre la concepción de *teoría* y *metodología* en la ciencia política en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, véase Wolin, *Political Theory as a Vocation*, especialmente pp. 1069-1077.

³⁰ Sobre la concepción de Teoría Política en este sentido, véanse, por ejemplo, W.E. Connolly, *Identity/Difference*; W.E. Connolly, *Political Theory and Modernity*, Blackwell, Oxford, 1988, y B. Honig, *Political Theory and the Displacement of Politics*, Cornell University Press, Ithaca, 1993.

reflexión sobre lo político si ponemos en movimiento los límites pretendidamente unívocos entre teoría/práctica, identidad/diferencia, interior/exterior, doméstico/internacional, realismo/idealismo y presente/pasado. El cambio de perspectiva supone inquirir sobre tales dicotomías como construcciones que contribuyen a crear y *re-crear* imágenes sobre la naturaleza y *vida* de objetos y sujetos políticos. Es decir, una de las contribuciones que puede hacer una estrategia *ontogénica* es aportar nuevas formas de inquirir sobre las identidades y diferencias colectivas y las consecuencias que tienen éstas para la construcción de los objetos y sujetos de la política mundial.

Introducir tales perspectivas en este campo significa adoptar una postura que cuestiona la necesidad de estudiar la política mundial a partir de unos supuestos que dicten que este campo no es apto para la teoría y filosofía política. Entendemos en este caso la teoría política como una *actividad* de reflexión sobre la construcción de los entes políticos más fundamentales. Podemos, a pesar de todo, observar que los enfoques tradicionales de las Relaciones Internacionales han tratado la ontología de la disciplina. Pero estas exposiciones tienden a simplemente afirmar algún fundamento definitivo para el límite entre *interior* y *exterior* político, sea este límite derivado de la «naturaleza humana», la «Historia» o las «Estructuras del Sistema Internacional». Los realistas pretenden así dar por cerradas las cuestiones sobre los fundamentos teóricos y ontológicos de su ciencia, refiriéndose simplemente a la sabiduría de esa *tradición milenaria*, sin contemplar los aspectos *constructivistas* que implica tal referencia a unos orígenes disciplinarios³¹. Rob Walker ha señalado este *olvido*:

«Reference to such a tradition may be justified as a simple practical convenience. The story to be told has to begin somewhere. But it is not always easy to begin at the beginning, if only because the identification of a point of origin depends on where we think we are now. Thus a practical convenience is always liable to turn into a powerful myth of origin. Other points of departure are rendered trivial or even unthinkable. The highly problematic character of claims about origins, continuities, teleologies, progressions and ruptures is conveniently forgotten»³².

³¹ Este tipo de supuestos sobre una realidad dada y/o unívoca casa con la idea de ontología política «fuerte», en la cual «the whole question of passages from ontological truths to moral-political ones is relatively clear». S.K. White, *Sustaining Affirmation: The Strengths of Weak Ontology in Political Theory*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 6.

³² Walker, *Inside/Outside*, p. 27. [«La referencia a tal tradición puede ser justificada como una simple convención práctica. La historia que se quiere contar tiene empezar en algún sitio. Pero no siempre es fácil comenzar por el principio, cuando menos porque la identificación de un punto de partida siempre depende de dónde consideramos que nos encontramos ahora. Por lo cual, una convención práctica siempre corre el riesgo de convertirse en un poderoso mito de origen. Otros puntos de partida se hacen triviales o incluso impensables. Es oportunamente olvidada la naturaleza altamente problemática de las afirmaciones sobre orígenes, continuidades, teleologías y progresiones».]

Esta tendencia de (auto)reificación se debe a que los supuestos de la ortodoxia de las Relaciones Internacionales —ante todo de las escuelas realistas, pero también de los internacionalistas idealistas— se han establecido en función del axioma que dicta que existe un límite ontológico unívoco y estable entre los asuntos políticos del interior de los estados y lo que ocurre en el exterior de ese contenedor estatal. El mismo contenedor ha de tomarse como algo que «está ahí» como una base ontológica estable, porque constituye el fundamento prepolítico a partir del cual se derivan tanto la realidad política como las disciplinas que pretenden estudiarla. La soberanía ha (pre)supuesto para la teoría de las Relaciones Internacionales un axioma de *indivisibilidad* de lo político, lo cual significa que por mucho que se pretenda hablar de *probar* o *refutar empíricamente* su existencia, la soberanía está presente *en y por sí mismo*³³. En las Relaciones Internacionales la soberanía no es un *atributo* de ningunos sujetos estatales existentes *anteriores*, sino que ella constituye el concepto con el cual se construyen las nociones sobre esas entidades indivisibles.

Este binomio de interior y exterior ha tenido consecuencias para las fronteras (sub)disciplinarias en la Ciencia Política, que muestra una división de la labor investigadora ejemplificada por la separación entre Relaciones Internacionales y Teoría Política, especialidades cuyos estudiosos tradicionalmente han tenido muy poco que decir los unos a los otros³⁴. Esta desvinculación entre ambos campos se ve también favorecida por argumentos con los que se sostiene que la Teoría Política ha de ser *intranacional*, porque se ocupa de asuntos como legitimidad, derechos, identidad, justicia y comunidad, con lo que reifica las Relaciones Internacionales como una especialidad que versa sobre lo *exterior* y *extraño*, descrito y analizado en términos de (in)seguridad, guerra, alianzas estratégicas y capacidad armamentística³⁵.

Los realistas internacionales apoyan esta tesis en lo que ellos conciben como el principal carácter de la esfera interestatal: la ausencia de una autoridad centralizada e institucionalizada más allá de los estados. Pero sus contrincantes «idealistas», por su parte, se ven implicados en la misma lógica al definir una solución iluminada y universalista a los problemas de guerra y violencia, que conducirá a la Humanidad por un camino evolucionista y predeterminado hasta una fraternidad armoniosa entre los pueblos o naciones del planeta. El idealismo internacionalista ha tendido a expresarse en términos iluminados sobre un fundamento sobre el cual se realiza un progreso inexorable de *todos los pueblos juntos* hacia alguna finalidad de la historia mundial y de la humanidad. El idealismo tampoco nos ofrece posibilidades para los planteamientos sobre ontología política que pretendemos enfatizar.

³³ Bartelson, *A Genealogy of Sovereignty*, p. 25.

³⁴ Connolly, *Identity/Difference*, p. 217.

³⁵ *Ibid.*, p. 217-218.

El poder de los espacios éticos

La división de la labor científica entre Relaciones Internacionales y Teoría Política también es el fruto de otra idea con la que se crean esferas distintas de saber político: el contraste que con referencias a Weber se establece entre la *ausencia* de autoridad centralizada en el *exterior* y un orden jerárquico que permite ejercer el «monopolio del uso (legítimo) de violencia» en el *interior*. Esto produce un binomio de ética/poder que da lugar a la concepción realista de las Relaciones Internacionales imponiendo una imagen de armonía y legitimidad política hacia el interior del estado y, desde los límites de éste hacia fuera, un mundo caracterizado por anarquía, inseguridad y violencia (donde «poder» se equipara con fuerza o violencia).

Esta separación entre ética y poder constituye uno de los pilares más importantes del patrimonio realista de las Relaciones Internacionales, pues reclama esferas bien separadas para, por un lado, los discursos sobre posibilidades éticas que se sitúan en la vida política doméstica, y, por otro, los discursos de poder y fuerza (y de política en el sentido peyorativo de *Realpolitik*), relacionados con la esfera internacional «anárquica». Esta división, que durante mucho tiempo definió cualquier discusión sobre la naturaleza de la disciplina, se mantenía al afirmar que existen únicamente dos modos básicos de entender la política internacional: uno idealista, que expresaba las relaciones internacionales en términos de «ideales y normas», y otro realista, que las percibía en función de «intereses y poder»³⁶. El idealismo en esta disciplina parte de la fe en un Orden Moral Universal que tendría la potencia de guiar la interacción internacional³⁷ (frecuentemente derivada de algún *télos* de la especie humana como tal).

Los «grandes debates» en las Relaciones Internacionales, por ejemplo entre «realismo e idealismo», han constituido polémicas *entre* «teorías», pero han estado ausentes «grandes debates» *sobre* lo que es o debe ser *teoría* en esta disciplina³⁸. Y si buscamos importantes discusiones sobre teoría *política* en términos de la reflexión acerca de lo que constituye o debe constituir lo político, el resultado es igual o aún más desconsolador.

Para los realistas, si la expresión del estado en las relaciones internacionales se define como política, ésta se entiende siguiendo las ideas de Clausewitz, según las cuales el estado es un sujeto estratégico que con la fuerza física impone «su voluntad» a otros estados. Es decir, la aportación de Clausewitz al pensamiento realista de la segunda mitad del siglo XX con-

³⁶ Para una exposición tradicional de ese debate, ver J. Herz, *Political Realism and Political Idealism*. University of Chicago Press, Chicago, 1951.

³⁷ D. Boucher, *Political Theories of International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 1998, p. 29.

³⁸ N.J. Rengger, *International Relations, Political Theory and the Problem of Order*, p. 1.

siste en entender la política internacional como acciones *inter*-estatales que, inexorablemente, están ligadas a la violencia militar, llegando a ver la guerra como una extensión natural, inevitable e incluso deseable de la actuación *exterior* de los estados. En este sentido, la guerra constituye simplemente, como ya decía Clausewitz, una *extensión* de la política que, desde la fronteras nacionales y hacia *fuera*, se realiza con otros medios³⁹.

Según la visión realista, la vida internacional se caracteriza por su naturaleza *anárquica*, violenta e insegura, que se contrapone a una esfera dotada de una autoridad centralizada en el *interior* de las comunidades políticas. Estos interiores (predeterminados) constituyen los únicos lugares donde, para los realistas, tiene sentido hablar de una verdadera vida pública, aunque ellos normalmente consideren que no es asunto suyo entrar en temas que tratan ese espacio político *interior*, que los realistas dan por supuesto como una *forma* impermeable. De este modo la Teoría Política queda definitivamente situada en una esfera *intra*-nacional y lo *extra*-nacional se entiende como un escenario de choques, más o menos violentos, *entre* entes políticos monolíticos que defienden «su» respectivo interés por los medios que, calculan, dan más resultado en su aspiración al poder dentro del sistema internacional.

Esta centralización e institucionalización *interior* es, según la concepción realista de lo político, una condición necesaria y suficiente para poder llevar a cabo una ciencia de la política internacional. Es decir, todo lo que no se puede definir de esta forma cae fuera de su modelo de ciencia y carece de interés primordial para el estudio de las relaciones internacionales, y menos aún si se define la disciplina como *política mundial*. De ahí que su labor investigadora defina los estados —en el *neorrealismo* deducidos del *sistema*— como las categorías irreductibles de su ontología *inter*-nacional o *inter*-estatal. Esto nos conduce otra vez a la pretendida separación rigurosa entre, por una parte, el campo de la Filosofía y Teoría Política y, por otra, las Relaciones Internacionales. En esta última especialidad, una vez asimilada una determinada lectura de la teoría del estado soberano y la separación estricta entre *interior* y *exterior* de lo político, se ha aceptado y acentuado esta división del trabajo académico, insistiendo en el fin empírico, práctico e instrumental de su propia empresa científica. Hans Morgenthau ilustra bien esta idea realista:

«A realist theory of international politics will also avoid the popular fallacy of equating the foreign policies of a statesman with his philosophic or political sympathies, and of deducing the former from the latter»⁴⁰.

³⁹ C. von Clausewitz, *On War*, Wordsworth, Hertfordshire, 1997, p. 357.

⁴⁰ Morgenthau, *Politics among Nations*, p. 7. [«Una teoría realista de política internacional también evitará la falacia popular de equiparar las políticas exteriores de un hombre de estado a sus simpatías filosóficas o políticas, y de deducir las primeras de estas últimas.»]

A esta postura anti-reflexiva podemos añadir el hecho de que, como hemos apuntado líneas arriba, las Relaciones Internacionales en gran medida se han desarrollado como una disciplina estadounidense ⁴¹, sin por ello sostener que la ortodoxia de este campo haya sido propiedad científica única y exclusivamente norteamericana, lo cual ha supuesto un contexto académico propenso a reforzar la marginación de la *reflexión* teórica-política.

A esta marginación de la teoría y filosofía política en las Relaciones Internacionales contribuye la dicotomía ética/poder, con la cual los realistas pretenden enfatizar únicamente el último de estos dos conceptos en el estudio de la política mundial. Esto ha significado que las cuestiones sobre cómo en las Relaciones Internacionales se llega hasta tal binomio que define, negativamente, el espacio ético «doméstico» se reducen a poco más que «una ritual utilitaria y violenta» ⁴². Esta dicotomía no supone que las posturas que se han juntado bajo la denominación de *idealistas* hayan inquirido demasiado sobre cómo se realiza la *construcción* de semejante binomio. Es más, los idealistas internacionales parten de la misma dicotomía de ética/poder, pretendiendo subrayar la importancia del primero de estos términos para excluir el segundo.

Los realistas de las Relaciones Internacionales no afirman necesariamente que todo lo que ocurra en la política *interior* sea un comportamiento ético, sino que sostienen que los agentes estatal-nacionales de su ontología política y sus límites son *como tales éticas*. Es decir, se definen cuáles y cómo son los espacios donde puede (o no) tener sentido hablar de forma normativa, tratándose también de determinar, de forma apriorística y cuasi geométrica, quién es más amigo que otro.

Si, en cambio, no consideramos la ética como un código de normas que son aplicadas en mayor o menor medida, sino como una práctica de construcción de *posibilidades* normativizantes, podemos apreciar que en la disciplina no han estado ausentes la ética y las prácticas *normativizantes* ⁴³. Las Relaciones Internacionales se han constituido mediante discursos sobre *posibilidades éticas y necesidades de poder*, al definir límites dentro los cuales las afirmaciones sobre ética son —o no son— posibles y reconciliables con supuestos sobre la articulación espacio-temporal de la identi-

⁴¹ S. Hoffman, «An American Social Science: International Relations»: *Daedalus*, 196: 3 (1977), pp. 41-60.

⁴² J. George, «Realist Ethics, International Relations and Post-modernism: Thinking Beyond the Egoism-Anarchy Thematic»: *Millennium: Journal of International Studies*, 24:2 (1995), p. 195.

⁴³ La ética trata en este sentido la *construcción* del sujeto «nosotros» y los vínculos que éste tiene con «otros», reconociendo que «nosotros» siempre es una construcción vinculada a la relación que este «nosotros» establece con lo que excluye. Esto es un argumento que Emmanuel Levinas ha desarrollado extensivamente en su obra que también ha sido objeto de interés para algunos investigadores en las Relaciones Internacionales. Ver, por ejemplo, D. Campbell, «The Deterritorialization of Responsibility: Levinas, Derrida, and Ethics After the End of Philosophy»: *Alternatives*, 19:4 (1994), pp. 455-484.

dad y la comunidad política⁴⁴. Hacia el *interior*, los límites de lo político definen *posibilidades éticas* y, hacia el *exterior*, dibujan un sujeto monolítico sin fisuras que actúa movido por las *ansias de poder* para sobrevivir entre otros iguales en un entorno internacional «anárquico».

Esta relación entre los binomios de ética/poder e interior/exterior nos indica varios problemas relacionados con la forma tan escueta y tajante de exponer unas dualidades conceptuales, como si ellas mismas pudieran dotar de respuestas definitivas sobre lo político. Desde nuestro punto de vista, estas dicotomías han adquirido importancia política por las polisemias y ambigüedades inherentes a las prácticas discursivas con las que se construyen límites para el conocimiento político, y no por una división nítida entre ética y poder en el interior y exterior del estado respectivamente. Las dicotomías utilizadas para estudiar y practicar la política internacional (y la teoría política) merecen, desde luego, nuestra atención, pero no con el fin de tratarlas como un marco interpretativo no-problemático que definiera —desde el inicio hasta el final de la labor investigadora— los límites de lo internacional/nacional, sino para poder estudiar cómo se hace uso de estas relaciones conceptuales en actividades discursivas y retóricas, definiendo y *re-definiendo* límites para espacios políticos.

Esta estrategia puede ser provechosa a pesar de que en la disciplina de las Relaciones Internacionales se haya pretendido hacer de semejantes dicotomías un punto arquimédico, heredado de una supuesta tradición milenaria. Bien es cierto que el *realismo* político ha constituido una referencia bastante influyente en el pensamiento occidental durante largos siglos⁴⁵, pero esto no significa que estemos hablando de una *Tradicción* unitaria con respuestas unívocas frente a las inquietudes que en el fondo plantean los pensadores en los que los realistas sostienen fundar la disciplina. Las críticas más destacadas en este sentido subrayan que las contradicciones y dilemas que la ortodoxia de las Relaciones Internacionales pretende ignorar deben, en realidad, considerarse temas centrales de los autores que incluyen en su tradición milenaria⁴⁶.

Interpretación y tradición realista

Dentro de la misma «tradición realista» encontramos problemas y ambivalencias sin tratar por las perspectivas realistas de las Relaciones Internacionales. Estos enfoques no se pueden considerar como una tradición históricamente unitaria y cerrada, sino que hacen una determinada

⁴⁴ Walker, *Inside/Outside*, p. 51.

⁴⁵ Keohane, «Neorealism and the Study of World Politics», p. 4.

⁴⁶ A este respecto es, por ejemplo, evidente la preocupación de Maquiavelo por los *problemas* relacionados con la *construcción* de la comunidad política en el tiempo y el espacio. Ver capítulo 2: «*The Prince* and «the Pauper»», en Walker, *Inside/Outside*, pp. 26-49.

lectura de unos textos, con el fin de reducir sus ideas a unos postulados inmutables, cuando otras interpretaciones de los mismos pensadores durante mucho tiempo nos han aportado una reflexión sobre problemas políticos, y no la piedra angular sobre la cual se podría definir la actuación y el *Ser* esencial de los estados soberanos en el sistema internacional. Los realistas se mueven sobre un terreno que presenta unas de las más importantes tensiones de la teoría y filosofía política occidental⁴⁷. Pero lo que para algunos pensadores (y para muchos de sus exégetas) han sido problemas de contingencia e indefinición, se convierte durante la segunda mitad del siglo XX en axiomas para una ciencia social que pretende contemplar una lógica internacional inmutable.

El realismo internacional se nutre de *dilemas* generales planteados en el seno del pensamiento político occidental, pero pretende hacer de ellos una teoría empírica unívoca y una «*Realpolitik* matemática»⁴⁸. En las Relaciones Internacionales se ha tendido a hacer unas lecturas muy reduccionistas de unos autores complejos y de lo que ellos entendían como *problemas*, y no como axiomas, con el fin de presentar una teoría empírica *cohesionada* o un modelo de la toma de decisiones racionales, despojada de las inquietudes que en realidad son el punto de partida y la constante de la reflexión política de muchos autores evocados por la «tradición realista»⁴⁹. Uno de los ejemplos más significativos en este sentido es Maquiavelo, que para la tradición realista ha representado el papel de «consejero del Príncipe» preocupado exclusivamente por los problemas «técnico-políticos relativos a la elección», cuando en la obra de estos pensadores podemos encontrar aspectos que tratan la problemática *construcción* del sujeto político, que no simplemente su acción instrumental⁵⁰.

No pretendemos ser capaces de rescatar el sentido *original* de, por ejemplo, Tucídides, Maquiavelo, Hobbes o Rousseau, sino afirmar que es muy difícil sostener una lectura tan reduccionista como la «realista» de estos pensadores. La reducción realista es dudosa, no sólo porque los textos originales sean complejos de por sí, sino porque son ya en principio inseparables de las numerosísimas interpretaciones que de ellos se han hecho

⁴⁷ Campbell y George, «Patterns of Dissent and the Celebration of Difference», p. 282, y R.K. Ashley, «The Poverty of Neorealism», en Keohane (ed.), *Neorealism and Its Critics*, pp. 255-300.

⁴⁸ H.R. Alker, «The Dialectical Logic of Thucydide's Melian Dialogue»: *American Political Science Review*, 82 (1988), pp. 805-820.

⁴⁹ Para revisiones de las lecturas de Tucídides en la disciplina, véanse H.R. Alker, «The Dialectical Logic of Thucydide's Melian Dialogue», y L.M. Johnson Bagby, «The Use and Abuse of Thucydides in International Relations»: *International Organization*, 48:1 (1994), pp. 131-153. Para una crítica de la interpretación *realista* de Maquiavelo, véase, por ejemplo, Walker, *Inside/Outside*, pp. 26-49. Sobre el uso de Hobbes, consulte M.C. Williams, «Hobbes and International Relations: a Reconsideration»: *International Organization*, 50:2 (1996), pp. 213-236.

⁵⁰ R. del Águila, «Tragedia, política y democracia»: *Claves de razón práctica*, 42, (1994), pp. 18 y ss.

en el transcurso de largos siglos de interpretaciones y *re*-interpretaciones⁵¹. No se trata de caer en un estéril debate sobre un *Canon* o *anti-Canon*, puesto que un bando de esa polémica quiere eliminar las controversias políticas y los elementos interpretativos inherentes a los *clásicos* y su uso en el *presente*, mientras que otro bando parece ignorar que muchas de las cuestiones planteadas por él están ya inmersas en los «textos canónicos». Un motivo importante para que algunos textos se conviertan en *clásicos* es precisamente las controversias interpretativas que provocan continuamente sobre asuntos como la naturaleza humana, la acción y el bien político⁵². Y una de las conclusiones que podemos sacar de las numerosísimas lecturas de los mencionados pensadores *clásicos* es que, cuando menos, no apuntan en una sola dirección fácilmente trasladable al paradigma realista de las Relaciones Internacionales de la segunda mitad del siglo XX⁵³.

Los debates sobre la naturaleza y el estado de la disciplina de las Relaciones Internacionales no se limitan a cuestiones sobre el *Método* que a partir de los años 50 y 60 tendían a reducir todo el debate sobre la naturaleza y la «teoría» de las Ciencias Sociales a disputas procedimentales sobre «instrumentos» metodológicos. La politología no fue ninguna excepción, asumiendo como suyo ese «metodismo» que, como ya señaló Sheldon Wolin, tiene poco que ver con el *bios theoretikos*⁵⁴. Es cierto que el *metodismo* pudo despertar muchas disciplinas académicas de su sueño empirista, pero poco más, porque a pesar de todo continuaron confiando en la ilusión de que el *Método*, cada vez más sofisticado, solucionaría todos los dilemas de los cada vez más numerosos campos susceptibles de un análisis científico. Una de las ambiciones detrás de dicho proyecto se sustenta en la esperanza de poder establecer, de una vez por todas, los cimientos teóricos de las Ciencias Sociales, sea esto en términos de una separación entre las *Geistwissenschaften* y las *Naturwissenschaften* o de un proceso de «maduración» de las «jóvenes» Ciencias Sociales. La confianza ciega —o tal vez *miope*— en el *Método* convierte incómodos problemas ontológicos en cuestiones de «técnica» epistemológica y acción utilitaria de un ciencia «aplicada» e «instrumental».

Con esto, desde luego, no sostenemos que sea imposible e indeseable una ciencia social empírica, sino que insistimos en que no se debe olvidar cuestionar los supuestos que hacen posible practicar esa ciencia. Pienso que

⁵¹ T.B. Strong, *The Idea of Political Theory: Reflections on the Self in Political Time and Place*, Notre Dame University Press, Notre Dame, 1990, p. 117.

⁵² P. Euben, *Corrupting Youth: Political Education, Democratic Culture, and Political Theory*, Princeton University Press, Princeton, 1997, p. 16.

⁵³ Isaiah Berlin cuenta, por ejemplo, hasta al menos 28 interpretaciones diferentes de la obra de Maquiavelo presentes en la Teoría Política occidental. I. Berlin, «The Originality of Machiavelli», en J.M. Gilmore, (ed.), *Studies on Machiavelli*, G.C. Sansoni, Florencia, 1972.

⁵⁴ Wolin, «Political Theory as a Vocation», pp. 1064-1065.

si algo se ha aprendido de los debates metodológicos es que la concepción del *Método* debe reducir sus pretensiones fundacionales. Pero no se debe abandonar la reflexión teórica sobre los límites y los supuestos detrás de cualquier empresa científica, por muy empírica que se considere, por muy refinados que sean sus métodos y por muy sensibles que sean sus instrumentos de «registrar» y «medir» la realidad política.

El cambio de perspectiva en las Relaciones Internacionales que pretendemos destacar hace que la labor investigadora no tenga que realizarse exclusivamente en función de observar cuál de los actores soberanos y monolíticos va a vencer u obtener más ventajas relativas en el sistema internacional, sino que posibilita centrarse en estudiar cómo se construyen y *re*-construyen espacios políticos expuestos a la contingencia, la permeabilidad y la fragmentación. Estas estrategias investigadoras nos llevan, consecuentemente, a preguntarnos qué es lo que *hacemos* cuando hablamos de conceptos como la soberanía como un objeto dado, y si en realidad es posible, o deseable, mantener como axioma inmutable para el estudio de las Relaciones Internacionales nociones sobre sujetos monolíticos⁵⁵, determinados por formas geométricas-territoriales, con las que se sitúa lo político en contenedores impermeables dotados de identidades colectivas mutuamente excluyentes.

Formas de identificación y diferenciación política

Si queremos poner en movimiento esos axiomas sobre actores-estados monolíticos e intemporales, fundados sobre *Formas* territoriales e identidades políticas situadas en contenedores impermeables y mutuamente excluyentes, debemos adoptar una postura que no entienda los sujetos y objetos del escenario internacional como algo dado, sino como parte de prácticas ontogénicas que los definen y *re*-definen. Con ello, insisto, queremos subrayar que no se trata de estudiar un lenguaje que hablaría mera y simplemente *sobre cosas*, sino que además debemos contemplar cómo en el discurso se *construyen* objetos y sujetos políticos.

Podemos observar que se utilizan con frecuencia los términos de «*política mundial*» (*World Politics* y *Global Politics*) y «*política internacional*» para referirse a esa esfera de conocimiento que es la política que tiene lugar más allá de las fronteras estatales-nacionales. Por otra parte, en la tradición estatocéntrica de las Relaciones Internacionales se niega, a la misma vez, que exista una comunidad política en ese espacio *extra*-nacional, por lo cual resulta, cuando menos, curioso que el realismo defina su campo de conocimiento como de *política internacional*.

⁵⁵ Ashley, y Walker, «Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies», p. 266.

Si nos detenemos ante esta paradoja terminológica, podemos preguntarnos si para los realistas estatocéntricos no sería más adecuado utilizar siempre el término relaciones *inter-nacionales* o, mejor aún: *inter-estatales*, subrayando que para ellos los actores estatales-nacionales son entidades políticas autoexcluyentes entre sí, agotando así todo el espacio político disponible en el mundo. Los enfoques realistas, y muchos más con ellos, excluyen, *por definición y a priori*, la posibilidad de que exista vida política alguna en una esfera *extra-territorial*, al no constituir un espacio *interior* en función de las líneas trazadas por un discurso sobre las fronteras estatales-nacionales, basado en delimitaciones estables e impermeables del «contenedor» más grande de lo político.

En este contexto, es interesante recordar que mientras que en la Ciencia Política en general y en la norteamericana en particular se pretendía abandonar el concepto de Estado, en las Relaciones Internacionales —una rama de esa misma ciencia— se asumía una fe extraordinaria en ese sujeto estatal como actor monolítico, antropomórfico y racional. Para explicar esta doble lectura de la ontología politológica, podemos destacar que después de la Segunda Guerra Mundial el ente estatal se hizo aparentemente invisible para muchos politólogos que estudiaban su «interior», pero la *forma* de ese ente continuaba determinando su labor investigadora. Esta *forma* hace que el estado, hacia el *interior*, pueda constituir un *contenedor* o *límite* de los sistemas sociales (incluido el político) y, hacia el *exterior*, sea concebido como un sujeto monolítico e intemporal dotado de una existencia desvinculada de las contingencias *interiores* y *exteriores* a él.

La noción de espacio político que destaca en las teorías realistas de las Relaciones Internacionales (y en otras perspectivas que podemos definir como estatocéntricas) es que lo político reside, por definición, únicamente *dentro* de unos territorios y comunidades (pre)determinados que, respecto a lo político, tienen la forma de contenedores impermeables e incambiables, y que así nos recuerdan la geometría euclidiana y las *Formas* platónicas. Estas *Formas* representarían la continuidad y la invariabilidad de entes como los estados y las naciones, porque la *Forma* permanecería idéntica a sí misma aunque pueda variar la *materia* o su *contenido*. A pesar de que la *Forma* platónica sólo existe como tal en unión con la materia, es *independiente* de la variabilidad de ella⁵⁶.

Dicho espacio político estático e impermeable debería, para poder representar hacia el exterior a esa comunidad dada y armoniosa, coincidir con la identidad que alberga en su *interior*. En este aspecto vemos cómo el realismo de las Relaciones Internacionales asume determinadas concepciones *idealistas* en lo que respecta a la existencia de las comunidades políticas, tomándolas por supuestas como unas *Formas* estáticas, más allá

⁵⁶ E.H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del Rey. Un estudio de teología política medieval*, Alianza, Madrid, 1985, p. 280.

de la contingencia que pueda presentar la *vida política* dentro y fuera de tales *Formas*. Esto nos sugiere que la «tradicición» de la disciplina no se basa en la eliminación de cualquier *idealismo*, sino que, por el contrario, vemos cómo sus límites se nutren de un idealismo (platónico) respecto a la naturaleza y la *Forma* de los estados⁵⁷.

Si nos alejamos de semejantes supuestos platónicos, podemos contemplar el estudio de la política internacional/nacional desde otra perspectiva, entendiendo que estudiar lo político no debe ser reducido a lo que tiene lugar *dentro y a partir de* un marco comunitario-territorial (pre)definido —que supuestamente *reflejaría* unos espacios sociales políticos cerrados, hechos de identidades sociales mutuamente excluyentes, impermeables e intemporales—, porque abarca también la misma actividad que define y *redefine* lo que constituye (o *debe* constituir) una y otra *pólis*. Esto abre posibilidades de inquirir sobre la política en general y las Relaciones Internacionales en particular desde una perspectiva (*de*)*constructivista* que no toma por dados, impermeables e ideales esos entes (pre)políticos, sino que da prioridad a las actividades que hacen posible hablar de las comunidades políticas, *como si fueran* dadas por alguna ley de la «naturaleza» (o de las «culturas»).

Es evidente que nuestra perspectiva no supone asumir un *reconstructivismo* idealista con el que se pretendería observar una situación actual inde-seable, que podría ser sustituida por el *descubrimiento* de unas identidades originales e idénticas a sí mismas, una vez eliminadas las «distorsiones» que las «ocultan». La postura *reconstructivista* entiende la identidad política como algo que, *necesariamente*, depende de un fundamento doctrinal que podría determinar, de una vez por todas, la pertenencia y el imaginario de lo *idéntico*⁵⁸. Podemos, por el contrario, contemplar cómo se hace uso de continuas *políticas de identificación* y de *diferenciación* colectiva. Éstos son aspectos que deben ser de interés para el campo politológico, puesto que se trata de inquirir sobre discursos que —desplazando cuestiones relacionadas con dudas, indefiniciones y disidencias respecto a una determinada identidad— pretenden ignorar o eliminar las ambigüedades, las diferencias y los disidentes que no casan con la definición de una u otra identidad omnipresente e indivisible, expresada, por un lado, en términos espaciales como «Dentro», «Aquí», «Tierra» y, por otro, en términos temporales como «Original», «Histórico» y «Destino». Con semejantes nociones de omnipresencia de la identidad, se imagina además la existencia de una *naturaleza* misteriosa y grandiosa que se sitúa más allá del individuo y del ciudadano, pero que, al mismo tiempo, le tendría que invadir «desde dentro»⁵⁹.

⁵⁷ Walker, *Inside/Outside*, p. 33.

⁵⁸ Connolly, *Identity\Difference*, pp. 172-173.

⁵⁹ J. Roiz, *El gen democrático*, Trotta, Madrid, 1996, p. 105.

Tanto perspectivas *pluralistas* como *multiculturalistas* tienden a suponer fundamentos intemporales y omnipresentes para las identidades políticas, desplazando de la agenda las constantes actividades de diferenciación dentro y a través de dichas identidades⁶⁰. La concepción de una comunidad unívoca y/u originaria siempre corre un gran riesgo de desplazar de la agenda política los asuntos de definición y re-definición de la identidad colectiva. Este desplazamiento pretende dotar de razón a una particular lectura determinista de la «Historia», la «Geografía», la «Cultura», la «Tradición» o la «Etnia», eliminando la necesidad de *hacer interpretaciones* políticas acerca de lo que constituye la misma «Comunidad» o «Tradición», sobre la cual se pretende crear una vida pública tan *virtuosa*. Desde esta óptica (sea comunitarista o no), la práctica de fijar los significados y los límites de la *pólis* ha de remitirse a algún *télos* prepolítico o intemporal, al principio, al final o fuera de la historia. De este modo se pretende ignorar que el mismo acto de describir una identidad o diferencia cultural constituye una actividad política⁶¹. Pero las referencias a los supuestos fundamentos prepolíticos se construyen en actividades retóricas y políticas del presente, actividades sin las cuales no podrían existir nociones sobre tales fundamentos.

Perspectivas sobre fronteras, territorios y ciudadanos

Debe tenerse en cuenta cómo se construyen los significados de las fronteras que distinguen un espacio político de otro, una construcción que hace de algunas personas ciudadanos y constituye a otras como objetos extraños para la comunidad política de un estado territorial. Con esto no nos referimos exclusivamente a las normas jurídico-constitucionales que son el resultado cuasi «material» de las prácticas de inclusión y exclusión, sino sobre todo a los procesos retóricos en los que se construyen imágenes de límites impermeables y dados. Para el realismo de las Relaciones Internacionales, es preciso partir de ese espacio cerrado donde reina una soberanía política que, hacia el interior, se expresa en términos de conceptos como comunidad, legitimidad y derechos democráticos, y que hacia el exterior dibuja un sujeto monolítico movido por las ansias de poder para sobrevivir entre otros iguales en un medio hostil.

Pero es posible otra perspectiva para trascender el marco común del realismo y del idealismo. Ésta consiste en partir de que las fronteras que delimitan la política a un territorio en primer lugar son mantenidas por unas

⁶⁰ B. Honig, «Difference, Dilemmas, and the Politics of Home», en S. Benhabib, (ed.), *Democracy and Difference*, Princeton University Press, Princeton, 1996, p. 258.

⁶¹ A. Oksenberg Rorty, «The Hidden Politics of Cultural Identification»: *Political Theory*, 22:1 (1994), p. 152.

prácticas retóricas que las transforman y reproducen, transgrediendo constantemente (pero pocas veces *totalmente*) anteriores nociones de inclusión y exclusión. La identificación política no llega nunca a plasmarse de una vez por todas, entre otras cosas porque si se puede considerar que el suelo (geológico) como tal es dado, la división de tal suelo no lo es, ni los individuos que caminan sobre él forman parte de ninguna «geología política natural».

Cuando hablamos de fronteras, no lo hacemos sólo en el sentido geográfico, sino que nos referimos ante todo a las actividades que determinan (e indeterminan) lo que es una (y otra) comunidad política. Esto significa enfatizar que la comunidad política no se puede construir de una vez por todas, como si fuese un monumento de piedra sin vida, ni tampoco suponemos que sea posible una identidad original y sin fisuras, que se podría *descubrir* en unos entresijos polvorientos —pero perfectamente rescatables— del pasado. Tal vez debemos abandonar los supuestos sobre identidades originales y atemporales que, por su *propia* fuerza y verdad, serían capaces de dotar de respuestas definitivas e *históricamente justas* para dudas y conflictos políticos que se experimentan en el presente. Semejantes concepciones tradicionales de la territorialidad y la identidad como una relación impermeable e intemporal complica la negociación en muchos conflictos (inter)nacionales de este fin de siglo:

«The governing codes of subjectivity in International Relations, in assuming given agents with autonomous settled identities, interpret ethnic and nationalist conflict as manifesting natural and timeless animosities, and are thus impervious to negotiation or contestation»⁶².

No estamos condenados a simplemente reproducir (y quizás reforzar) nociones de identidades y diferencias mutuamente excluyentes y pretendidamente cimentadas por el «Territorio», las «Culturas» y la «Historia». Podemos, por el contrario, estudiar estos conflictos como procesos en los que se crean sujetos con la ayuda de memoria y amnesia. Se trata así de inquirir sobre cómo cobran existencia esos entes políticos omnipresentes que «suman más que sus partes» y, en algunos momentos, parecen constituir sujetos dados «ahí fuera» (o tal vez «aquí dentro»), supuestamente situados fuera de la evanescencia del tiempo y de la permeabilidad del espacio. Esta atemporalidad y sempiternidad del *demos* debe mucho a una práctica historiográfica que narra el pasado en términos de entes nacionales. Debemos además recordar que la forma de escribir la historia

⁶² Campbell, «The Deterritorialization of Responsibility: Levinas, Derrida, and Ethics After the End of Philosophy», p. 457. [«Los códigos que rigen la subjetividad en las Relaciones Internacionales, al asumir unos agentes predeterminados con identidades estables, interpretan conflictos étnicos y nacionales como la expresión de enemistades naturales y atemporales, y por ello éstos resultan impenetrables ante la negociación o la contestación.»]

como (auto)biografías nacionales se generalizó desde el mismo establecimiento de la historia como disciplina académica. Esto forma parte de lo que algunos han llamado «historia autocéntrica», la cual significa que:

«[T]he history of a political society has almost irresistible bent toward becoming the history of its own autonomy, and towards re-absorbing the histories, and the historians, who renarrate and diversify a history designed to control diversity itself»⁶³.

Es importante insistir en que los procesos historiográficos de identificación/diferenciación política no constituyen fuentes de univocidad interpretativa, sino que son prácticas que desde sucesivos *presentes* pretenden construir memoria y continuidad para entes políticos. No se trata únicamente de estudiar cómo las fronteras se construyen en el espacio y en el tiempo, sino con ello también ver qué status y qué funciones se atribuyen a las líneas divisorias en el tiempo y en el espacio. Es por ello cuestión de preguntarse cómo, a partir de determinadas afirmaciones sobre la naturaleza de las fronteras, se establecen posturas frente a la relación entre lo que se define y *re*-define como «ajeno-propio», «exterior-interior», «diferencia-identidad», «pasado-futuro» y «origen-destino».

Estas categorizaciones no pueden, desde luego, remitirse sólo a una *geografía* política casi *física* y dada, puesto que los ciudadanos no brotan de, ni están plantados en el suelo de un territorio —nuestro objeto de estudio no es *geología política*—, sino que se necesitan constantes mecanismos retóricos de inclusión y exclusión política para definir los límites de la *pólis* y lo que con ella se relaciona. En lugar de contemplar la ciudadanía como una «cosa», situada en contenedores mutuamente excluyentes y estáticos, la podemos concebir como construcciones discursivas sobre lo político, que institucionalizan determinadas identidades y diferencias trazando límites tanto para la pertenencia colectiva como para los derechos y prácticas políticas vinculadas con esa pertenencia⁶⁴.

La *naturaleza* que se atribuye a las fronteras es significativa para el tipo de identidades y diferencias que los discursos de inclusión y exclusión producen. Algunas concepciones de fronteras entre identidad y diferencia colectiva tienden a ser más violentas que otras, sosteniendo en estos últimos casos que sería posible negar las ambigüedades inherentes a esta relación por la *fuerza*, como si se tratase de «física» en el sentido más cotidiano del término. Al negar la naturaleza construida, la imperfección y la contingencia de

⁶³ J.G.A. Pocock, «The Politics of History: the Subaltern and the Subversive», *Journal of Political Philosophy*, 6:3 (1998), p. 220. [«La historia de una sociedad política casi ineludiblemente ha tendido a convertirse en la historia de su propia autonomía, re-absorbiendo las narraciones y los historiadores que representan y diversifican una historia construida para controlar la diversidad misma».]

⁶⁴ F. Kratochwil, «Citizenship: On the Border of Order»: *Alternatives*, 19 (1994), pp. 486-87.

la identidad política suele traer consigo una ambición de la más estricta separación y purificación de la identidad, pretendiendo así definirla como algo que está fuera de cualquier diferencia (*interna* a ella misma). Desde una perspectiva que ve las fronteras político-territoriales como un fundamento ontológico unívoco, la dicotomía de identidad/diferencia es obviamente muy capaz de alimentar los discursos de cualquier fundamentalismo identitario. Si en la ciencia política descartamos estos aspectos al asumir unas u otras colectividades como impermeables y cimentadas de forma definitiva sobre la faz de la tierra, ignoramos unos aspectos de identificación colectiva que no sólo son importantes, sino que, como ha señalado George Kateb, han dado lugar a «grandes males políticos»⁶⁵.

Para los realistas, el sistema internacional se hace posible gracias a una noción que, aproximadamente desde el Renacimiento, contempla la sociedad/comunidad estatal-territorial como entes atomísticos y autónomos en movimiento, en un campo que se rige únicamente por escasez y ambición. Dentro de esta visión de la territorialidad como fundamento para la política los realistas suelen situar a pensadores *modernos* tan distintos como Maquiavelo y Hobbes.

Esta construcción de la ontología y epistemología social también se ha detectado en terrenos histórico-culturales más amplios. Algunos autores han indicado la vinculación que se puede establecer entre el arte renacentista y el surgimiento del estado territorial centralizado, argumentando que la introducción de la perspectiva en la pintura contribuye a determinar una posición de subjetividad única, desde la cual las otras subjetividades son diferenciadas y dibujadas con un tamaño y una profundidad decreciente hacia el punto de desaparición⁶⁶. John Ruggie sostiene que lo que era verdad para el arte renacentista también lo era para la concepción de lo político a partir de aquel momento, pues el espacio político se definiría desde un único punto de vista estático: la perspectiva de cada uno de los estados soberanos⁶⁷. La perspectiva en el arte fue en la política representada por esos sujetos territoriales que a partir de aquellas fechas se considerarían como las únicas y verdaderas entidades políticas. Estas entidades mostraban, hacia dentro, una jerarquía descrita como geométrica a partir de un punto central y elevado, en el cual residía la soberanía *sobre* una forma territorial y *su* población. Esta *perspectiva* construye una concepción de comunidades políticas mutuamente excluyentes en el espacio y continuas en el tiempo, una perspectiva que más tarde se vería combinada y reforzada por la generalización de la idea de nación⁶⁸.

⁶⁵ G. Kateb, *The Inner Ocean: Individualism and Democratic Culture*. Cornell University Press, Ithaca, 1992, p. 203.

⁶⁶ J.G. Ruggie, «Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations»: *International Organization*, 47:1 (1993), p. 159.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 159.

⁶⁸ Walker, *Inside/Outside*, p. 128 y ss.

Así se hace posible entender la perspectiva del arte renacentista como una analogía del concepto de soberanía política, aplicando un punto de vista (único y fijo) al campo de la organización espacial y territorial de la vida pública⁶⁹. Con la creciente importancia del estado-territorial, el poder político se consideraría cada vez más una cuestión fundamentada exclusivamente en la centralización y supremacía de las instituciones estatales-políticas sobre cualquier otra instancia. Las ideas de Bodino sobre el Estado como *alguien* (indivisible) que da órdenes pero no recibe ninguna de nadie es un ejemplo característico de esta concepción de la *subjetividad* política que, al situarse en formas mutuamente excluyentes, adquiere rasgos geométricos. Desde esta *perspectiva* —nunca mejor dicho—, la autoridad política reside dentro del estado-nación y emana desde un *punto central* y *elevado* hacia *abajo* y hacia *fuera*⁷⁰.

La perspectiva en el arte renacentista echa de este modo otra luz sobre las ideas con las que se moldea lo político a entes soberanos, cuyos interiores representan orden, jerarquía y paz. El conjunto exterior que se supone al referirse al interior de cada una de esas entidades territoriales, se define en términos de una fragmentación estática entre sujetos soberanos y monolíticos, que juntos constituyen el sistema de estados modernos⁷¹. Es esta *fragmentación estática* —que podemos entender tanto en el sentido de *inamovible* como de *estatal*— la que da lugar a las concepciones con las que se presupone lo internacional como una esfera *extra-territorial* y *extra-política*, intrínsecamente condenada a ambigüedad, inseguridad y violencia.

En las Relaciones Internacionales son frecuentes las metáforas con las que se narra la existencia del estado como si fuera un ente con «vida propia», describiendo el estado en lenguajes que le atribuyen características análogas a las de una persona. Desde nuestro punto de vista, esas metáforas son fundamentales para los enfoques tradicionales de las Relaciones Internacionales. Figuras retóricas que para esta disciplina —normalmente sin reconocer y discutir como tales— no constituyen «mera ornamentación» o «medios» complementarios para representar la realidad que quiere captar la ciencia realista de la política internacional, sino que son mecanismos discursivos inherentes a la ontología que esta ciencia construye.

Consideramos que el uso de *tropos* retóricos forma parte del objeto de las Relaciones Internacionales, constituyendo un discurso con el que se ha construido un mundo político narrado en términos de la interacción competitiva entre sujetos estatales, monolíticos y soberanos, situados en un entorno anárquico. Insisto, no obstante, en que no tenemos por qué pensar

⁶⁹ Ruggie, «Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations», p. 159.

⁷⁰ D. Gross, «Temporality and the Modern State»: *Theory and Society*, 14:1 (1985), p. 61.

⁷¹ Walker, *Inside/Outside*, p. IX.

que esta imagen de estados personalizados, o *animados*⁷², sea dada por un supuesto imperativo ontológico, como si fuese una discusión conceptual siempre resuelta *a priori* y que, *a posteriori*, haría posible observar y medir las acciones de esos sujetos (inter)nacionales creados con la ayuda de metáforas antropomórficas.

Construcción y cosificación nacional

Barry Buzan ejemplifica bien una postura que *parcialmente* admite que el hecho de ignorar aspectos como el antropomorfismo en las Relaciones Internacionales constituye una carencia de (auto)conciencia teórica y ontológica de esta disciplina:

«[S]ocio-political centrality and military power make the state the dominant type of unit in the international system despite its lack of anthropomorphic coherence. Consequently, one cannot avoid the difficult task of unravelling the interplay between ambiguous symbol of security and the ambiguous structure of the state»⁷³.

Podemos, inicialmente, darle la razón en esta afirmación, pero no coincidimos con la parte de la argumentación con la que este autor posteriormente pretende establecer una *síntesis* entre dos estrategias muy generalizadas para identificar al estado como un ente (omni)presente en y por sí mismo. Una de estas estrategias es la perspectiva *interior* institucionalista, y la otra constituye el punto de vista *exterior* que describe a un actor monolítico situado en un entorno internacional competitivo. La síntesis conveniente sería, según Buzan, un enfoque *sistémico* que pusiera más énfasis en la *autoconstrucción* de los estados, sosteniendo que son el resultado tanto de su dinámica interna como de su entorno anárquico competitivo y, algunas veces, feroz⁷⁴.

Este argumento desarrolla supuestos estructuralistas, los cuales plantean la existencia de leyes profundas y ocultas que regirían el funcionamiento del *sistema*, por lo que fenómenos como el lenguaje —o lo que Saussure desplaza a la esfera del *habla*— constituyen meros *instrumentos* o medios. A pesar de las dificultades con las que se topan los intentos de definir y observar el sujeto estatal como un *ser* unitario, la conclusión a la que lle-

⁷² Tengamos en cuenta que el término *animado* proviene de *ánimas*, como *alma*, y que también se utiliza para hablar de algo que tiene *vida propia* o está dotado de movimiento.

⁷³ B. Buzan, *People, States and Fear: An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*, Harvester-Wheatsheaf, Londres, 1991, p. 59. [«La centralidad socio-política y el poder militar hace del estado el tipo de entidad predominante en el sistema internacional, a pesar de su falta de coherencia antropomórfica. Consecuentemente, no se puede evitar la difícil tarea de inquirir sobre la relación entre el ambiguo símbolo de seguridad y la ambigua estructura del estado.»]

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 60-61.

ga este tipo de argumentación es que son las *estructuras* del mismo *sistema* internacional, anárquico y competitivo, las que reproducen continuamente el principio de individuación, en el que descansan las ideas tautológicas sobre el estado en las Relaciones Internacionales.

La causa final de la existencia del estado continúa por ello siendo circular y reificante: todos los fenómenos (domésticos e internacionales) se explican en última instancia en función del estado, por ambiguo y borroso que éste se muestre. El estado soberano es en este sentido una tautología: existe porque hay personas que tienen *ideas* sobre él y poseen estas ideas porque existe. En este caso, Buzan ha visto los límites ambiguos del concepto de estado como un sujeto *exterior* unívoco, pero no quiere abandonar la ilusión de encontrar unos fundamentos últimos que explicarían la presencia pretendidamente corporal e inmutable de ese sujeto monolítico.

En muchos de los enfoques relacionados con lo que ha venido llamándose *Nation-Building* hay una tendencia a mencionar diferentes mecanismos constructivistas presentes en las concepciones del estado-nación⁷⁵. Esporádicamente, dichos enfoques estudian la función de prácticas discursivas que narran y crean imágenes sobre la ontología de los estados-naciones (y de su coexistencia en las relaciones internacionales). A pesar de esto, las perspectivas de *Nation-Building* suelen considerar las dimensiones discursivas y retóricas como fenómenos secundarios porque, finalmente, las concibe como la expresión de unos estados y/o naciones o bien *preexistentes* o bien *predestinados*, tanto en la esfera doméstica como en las relaciones internacionales. Es decir, se admite que los entes políticos en cuestión han sido construidos y se afirma que la dimensión «simbólica» es importante en estos procesos de artificio, pero se entiende el resultado del proceso de construcción estado-nacional de modo o bien cuasi físico o bien esencialista. Señalar las *distorsiones* de una supuesta *forma ideal* de «estado westfaliano» implica suponer que dicha *forma* goza de una existencia *per se*, que «en la práctica» puede estar expuesta a una serie de disfunciones y distorsiones⁷⁶. Este modelo macro-sociológico de entender la formación de las comunidades políticas concibe el ente político construido como una «cosa»⁷⁷, cuya *forma*, una vez concluido lo que consideran el proceso de edificación, se sitúa como estable en el tiempo y en el espacio. La ambigüedad y la inestabilidad ontológica que pudieron presen-

⁷⁵ Para aportaciones significativas en este sentido, véase C. Tilly (ed.), *The Formation of the National State in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1975.

⁷⁶ J.A. Caporaso, «The European Union and Forms of State: Westphalian, Regulatory or Post-Modern?»: *Journal of Common Market Studies*, 34:1 (1996), p. 34.

⁷⁷ En este contexto, con «cosa» quiero subrayar el hecho de suponer una existencia cuasi física de algo. Soy, no obstante, consciente de que cuando se habla, por ejemplo, de la «cosa» pública, esto no significa *necesariamente* que se pretenda referir a un objeto entendido en el sentido material o fiscalista, pues en el origen etimológico del término «cosa» encontramos también el significado de «asunto».

tar los momentos de creación del estado-nación estudiado, se convierten en parte de un resultado *histórico* predeterminado, al dar por concluida definitivamente el proceso de construcción nacional.

Hay autores que han señalado cómo funcionan los procesos de construcción de identidades nacionales haciendo hincapié en la implantación de una serie de símbolos de colectividad que crean imágenes de pertenencia a un conjunto de personas que habitan un territorio determinado. Esta operación ha sido definida como la creación de *comunidades imaginadas* mediante procesos de «socialización a distancia» entre individuos dispersos, una socialización en la cual los medios de comunicación desempeñan un papel decisivo ⁷⁸.

En esta última versión de *Nation-Building*, se pretende enfatizar la construcción *simbólica* de vínculos «nacionales» y «comunitarios» entre personas que no se conocen ni llegan a verse nunca, pero que se adhieren a, y aceptan, los símbolos «compartidos». Benedict Anderson mantiene en este sentido que la nación en gran medida se construye a través de los medios de comunicación, argumentando que se trata de una «comunidad imaginada» porque la «imagen de comunión» vive en la mente de «sus miembros», vinculando personas que no llegarán a conocerse nunca. En esta comunidad imaginada, los individuos definidos como no-miembros, incluyendo los que se conocen personalmente, son descritos como extraños ⁷⁹. El problema que presentan perspectivas de esta índole es, como hemos indicado, que tienden a dar por definitivamente terminada la construcción simbólica, después de haber concluido lo que definen como el proceso histórico de modernización, socialización y creación nacional. Pensar que una comunidad política —una vez *construida* o *edificada*— de alguna forma pudiera mantener su fuerza (en este caso simbólica) *por sí sola* se debe en muchos casos al hecho de considerar que los símbolos son *cosas* o *estructuras*, posibles de *poseer* o *cimentar* como si fueran objetos irreductibles y cuasi materiales situados en un espacio público cerrado.

El «neomedievalismo» es una denominación que ha sido utilizada para señalar tendencias en la transformación del sistema internacional y sus componentes, enfatizando así la pérdida de soberanía por parte del Estado-nación moderno, que en este fin de siglo no logra proyectarse como un sujeto monolítico ni cumplir con ese monopolio de autoridad e identificación colectiva ⁸⁰. Esta transformación se debe a que las comunidades polí-

⁷⁸ La literatura en este campo de investigación se ha aumentado de forma considerable durante las últimas décadas. Una de las obras más citadas en este contexto es B. Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983.

⁷⁹ Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, p. 15.

⁸⁰ Para una exposición representativa de las diferencias entre el sistema de estados moderno y el concepto medieval de lealtades e identidades pre-estatales, véase H. Bull, *The Anarchical Society*, MacMillan, Londres, 1977, pp. 254-255.

ticas son cada vez más complejas, múltiples, interconectadas, fragmentadas, coexistentes⁸¹. Semejante permeabilidad de la *pólis* se observa, por ejemplo, en el ámbito de la Unión Europea, donde la soberanía es invadida, desde «abajo»: por identidades subestatales o subnacionales, desde «fuera» y «a través» de ella: por actividades y comunicaciones trans o multinacionales cada vez más aceleradas, y desde «arriba»: por competencias cedidas a una organización (con ambición) *supraestatal*. Este último aspecto es de particular interés, porque con frecuencia se habla de que se está «cediendo» o «compartiendo» (una parte de) la soberanía nacional, un concepto que, al menos desde Bodino, se ha utilizado para referirse a un ente *indivisible*.

A partir de esta fragmentación política, algunos han visto en este fin de siglo tendencias que afirmarían una vuelta a determinados fenómenos característicos del orden político-territorial de la Edad Media. La definición y el diagnóstico son bastante dudosos y en este contexto no se puede tratar, desde luego, de sostener el restablecimiento de una pretendida «unidad cristiana de los pueblos del Occidente»⁸², ni afirmar una simple regresión a una época caracterizada por un aumento de tribalismos violentos de un «nuevo desorden internacional»⁸³. Si el concepto de neomedievalismo nos puede servir para algo tal vez es para señalar tendencias *post-westfalianas* de concebir lo político, señalando las transformaciones que ha experimentado la idea de una fragmentación estática entre entes políticos impermeables, una fragmentación del espacio político que desde el Renacimiento se viene vinculando con el estado territorial y sistema internacional.

No creo, desde luego, que se trate de que en este principio de siglo estuviéramos volviendo a una concepción medieval de lo político, sino que están comenzando a surgir —en la teoría y en la práctica (y en la práctica teórica)— cuestiones y dudas sobre esa división con la que se ha pretendido constituir, por un lado, una esfera política interior-territorial-nacional, caracterizada por integración, armonía e identidad homogénea y, por otro, una esfera *exterior* y *extra-política*, definida por fragmentación estática, inseguridad y diferencia.

⁸¹ Estas ideas pueden encontrarse, por ejemplo, en Camilleri, y Falk, *The End of Sovereignty? The Politics of a Shrinking and Fragmenting World*, especialmente capítulo 9.

⁸² Calificaría tal postura como un *neomedievalismo* «de la Cruzada», que podemos apreciar en las ideas sobre las *Civilizaciones* (escritas con mayúscula en el tiempo y el espacio) como fundamento de un nuevo orden y conflicto mundial. Tal orden estratégico vendría a sustituir la lógica de la Guerra Fría por la del «choque de civilizaciones», fundamentalmente identificado en términos de adscripción religiosa del *Occidente cristiano* y el *Oriente islámico*. S.P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997, especialmente el capítulo 8.

⁸³ M. Horsman y A. Marshall, *After the Nation-State: Citizens, Tribalism and the New World-Disorder*, Harper Collins, Londres, 1994.

Apuntes genealógicos sobre el espacio político y el sistema interestatal

A continuación se expondrán unos breves argumentos *genealógicos* que ponen en duda que lo político se defina simple y únicamente por unos entes dotados de una existencia *per se* en el tiempo y en el espacio⁸⁴. Con estos apuntes queremos subrayar que los entes políticos no son de una *intrínseca naturaleza* intemporal y estable, independiente de las actividades discursivas e historiográficas con las que se narra y se construye su «vida» sempiterna, sea esta vida descrita en términos materiales o metafísicos. Entendemos con Nietzsche que «la historia entera de una ‘cosa’, de un órgano puede ser así una ininterrumpida cadena indicativa de interpretaciones y reajustes siempre nuevos, cuyas causas no tienen siquiera la necesidad de estar relacionadas entre sí»⁸⁵. De esta forma se hace posible inquirir sobre cómo la asimilación de determinadas concepciones del tiempo y del espacio forman y transforman nuestras ideas sobre los objetos y sujetos políticos del *presente*.

Con esta perspectiva genealógica no pretendemos encontrar el año cero, el origen único o la evolución lineal del estado territorial y de las relaciones internacionales, ni tampoco se procura resumir empíricamente el inmenso terreno del desarrollo histórico del estado moderno. Recurrimos, por el contrario, a un argumento con el que hacemos hincapié en mostrar cómo determinadas percepciones de los orígenes y el transcurrir del tiempo pueden afectar el modo de concebir la vida y las instituciones públicas y cómo estas nociones influyen en el modo de entender lo político. Aquí no estamos haciendo preguntas sobre cuál sería la *génesis* perfectamente rescatable de unas supuestas *leyes* que desde un pasado, más o menos remoto, regirían la lógica inexorable de las relaciones internacionales o el sistema de estados, sino que nos interesamos por estos asuntos como discursos que, desde sucesivos *presentes*, construyen narraciones sobre espacios políticos mediante la relación que se establece entre pasados, presentes y futuros políticos. Recordemos aquella parábola de Kafka en la que nos describe la constante problemática que supone la construcción de tiempos y espacios históricos.

«[Él] tiene dos enemigos: el primero le amenaza por detrás, desde los orígenes. El segundo le cierra el camino hacia adelante. Lucha con ambos. En realidad, el primero le apoya en su lucha contra el segundo, quiere impulsarle hacia adelante, y de la misma manera el segundo le apoya en su lucha contra el primero, le empuja hacia atrás. Pero esto es solamente teórico. Porque aparte de los adversarios también existe él, ¿y quién conoce sus intenciones? Siempre sueña que en

⁸⁴ Sobre la idea de *genealogía* en este sentido, véanse F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1992, y M. Foucault, *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*, Pretextos, Madrid, 1988.

⁸⁵ Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 88.

un momento de descuido —para ello hace falta una noche imaginablemente oscura— pueda escabullirse del frente de batalla y ser elevado, por su experiencia de lucha, por encima de los combatientes, como árbitro»⁸⁶.

Lo que Kafka describe como el deseo de situarse en una posición más allá o por encima del tiempo es una ilusión vana, si es que uno realmente espera que esto sea posible. Pero si concebimos esta parábola como la inevitable y constante necesidad de *interpretar* y *re-interpretar* «nuestro» lugar en la historia, podemos vislumbrar la importancia que estos aspectos y narraciones *espacio-temporales* tienen para los entes políticos.

En la disciplina de las Relaciones Internacionales, el vínculo entre espacio y tiempo político ha tendido a ser concebido en términos de algún principio intemporal y esencial que determinaría el funcionamiento del «sistema internacional anárquico» a lo largo de toda su historia⁸⁷, con lo cual el surgimiento del mismo tiende a ser interpretado como una especie de «big-bang» conceptual⁸⁸. Con una estrategia *genealógica* podemos, por el contrario, argumentar que la búsqueda de pretendidos principios originarios suele significar ignorar que el hecho de referirse a puntos de orígenes no es un acto capaz de captar una representación (trans)histórica, sino que supone prácticas de delimitación e interpretaciones del pasado en sucesivos *presentes*. En dichos presentes encontramos, no sólo interpretaciones de sucesos pasados, sino también afirmaciones sobre cómo el pasado *determina* dónde (y cuándo) nos encontramos y adónde nos dirigimos.

Reflexionar sobre la relación entre tiempos y espacios políticos en la época situada entre la Edad Media y el Renacimiento sirve para hacer problemático lo que en las Relaciones Internacionales es concebido como un *fundamento* espacio-temporal para el saber político. Esta reflexión versa sobre algunos aspectos que a primera vista no guardan relación directa con la política mundial de hoy en día, pero después de una observación más detenida podemos ver cómo constituyen supuestos importantes, tanto para las Relaciones Internacionales como para la Teoría Política. El objetivo es dar ejemplos de cómo se pueden repensar algunas narrativas sobre los orígenes del estado territorial de una forma que nos ayude a salir de simples reificaciones teóricas y ontológicas sobre estados-actores monolíticos en un

⁸⁶ Franz Kafka citado por H. Arendt, *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1996, p.13.

⁸⁷ Las fechas propuestas del *nacimiento* del sistema internacional no siempre coinciden en la literatura de las Relaciones Internacionales. Hay, por ejemplo, autores que sostienen que la política internacional propiamente dicha no surge hasta el siglo xx, mientras que otros observan una continuidad milenaria de la naturaleza de la política internacional, afirmando que hoy en día sigue determinada por la misma lógica que durante las Guerras del Peloponeso.

⁸⁸ Para una postura crítica respecto a las ideas de «big-bangs» conceptuales en la Ciencia Política, véase E. Tarnawski, «A la espera del cambio conceptual en la Ciencia Política»: *Revista de Estudios Políticos*, 82 (1993), pp. 48-49.

sistema internacional predefinido o, al menos, procurar por un momento *retorcer* o cambiar de reificaciones sobre la *cosificación* de los entes políticos y la relación entre lo nacional y lo internacional.

Las historias escritas sobre el surgimiento del sistema de estados modernos suele comenzar constatando que durante la Edad Media la paz era un asunto de mediación entre Dios y el hombre ⁸⁹, una concepción que se reformuló con el surgimiento de la soberanía, con lo cual la paz llegó a concebirse en términos de la distinción —en la teoría y en la práctica— entre lo doméstico y lo internacional. En el seno de la Ciencia Política se afirma con frecuencia que el sistema de estados y la naturaleza de las relaciones internacionales tienen sus orígenes en el Renacimiento, sosteniendo que es a partir de dicha época cuando en Europa comienza a cristalizar un sistema de estados soberanos delimitados de forma nítida, a través de los cuales se vincularía la legitimización política con un poder centralizado (el Rey) en un territorio bien definido, habitado por una población dada (súbditos).

Estas ideas sobre el origen del estado moderno (y del más tardío y complementario concepto de nación) sostienen que durante esa época se estaba saliendo de la cosmología y teología política medieval oscurantista, para poder entrar en la era moderna —por no decir la modernidad— que se caracterizaría por estar dotada de poderes políticos (más) secularizados, desmitificados, despersonalizados e ilustrados, encarnados en determinados monolitos territoriales claramente diferenciados y mutuamente excluyentes en un sistema interestatal sin principio de organización jerárquica. Estos entes territoriales agotarían así todo espacio y tiempo político disponible al hombre.

Las fechas que proponen las ideas histórico-políticas para fijar el nacimiento del sistema internacional y el Estado moderno pueden variar. Algunos autores sitúan esta génesis hacia finales del siglo xv, fijándose en los momentos en que se estaba abandonando un sistema feudal y se comenzaba a apreciar una distinción más clara entre la autoridad de cada uno de los estados territoriales. Muchos prefieren situar el origen de las relaciones interestatales en la Paz de Westfalia en 1648 ⁹⁰, sosteniendo que ésta constituye la inauguración de unos principios de lo político, según los cuales se organizaría la relación entre los estados territoriales soberanos en la era moderna ⁹¹. Otros argumentan que el fenómeno de fronteras territoriales bien establecidas y mutuamente reconocidas por las autoridades políticas en Europa se ejemplifican también con sucesos como la firma del Tratado de los Pirineos entre España y Francia en 1659 ⁹² o la Paz de Lodi alcanzada por

⁸⁹ Bartelson, *A Genealogy of Sovereignty*, p. 82.

⁹⁰ Ver, por ejemplo, Bull, *The Anarchical Society*, p. 10.

⁹¹ K. Dyson, *The State Tradition in Western Europe: A Study of an Idea and Institution*, Martin Robertson, Oxford, 1980.

⁹² F. Kratochwil, «Of Systems, Boundaries and Territoriality»: *World Politics*, XXXIX:1 (1986), p. 33.

los estados italianos en 1448⁹³. Las fechas pueden obviamente variar, pero las más utilizadas para señalar el nacimiento de las relaciones internacionales se sitúan en los siglos XV, XVI y XVII, vinculando dicha génesis sistémica con lo que —como otra cara de la misma moneda— se suele concebir como el surgimiento del Estado moderno⁹⁴.

Es decir, según las tesis más extendidas, la política internacional surge con la implantación del estado moderno entendido como esa entidad que supuso una «revolución de lealtades» en la cual «un círculo interior» de lealtades vivió una expansión y un «círculo exterior» de lealtades encogió. Los nuevos lazos interiores con el estado sustituyeron la red de lealtades tradicionales vinculadas al «feudal superior más inmediato» y la red exterior de «obediencia tradicional a la Iglesia bajo el Papa»⁹⁵. Existen, por otra parte, ideas que sitúan los orígenes de las relaciones internacionales en fechas bastante más recientes y hay incluso posturas que afirman que no se puede hablar de un verdadero «sistema» o «sociedad» internacional hasta el siglo pasado, durante el cual, según estas posturas, se implantó firme y definitivamente la idea de naciones como identidades político-culturales mutuamente excluyentes, paralelamente a la creación de mercados mundiales y de intercambios constantes entre dichos entes políticos⁹⁶.

Muchas de las descripciones que arrancan de una *génesis* y unos orígenes del sistema de estados coinciden —a pesar de sus diferencias sobre las fechas en las que surgió— en que existió un momento en el que se completa la formación de las «reglas» (por muy *anárquicas* que se las considere) de juego de la política internacional. Estas reglas constituirían, por tanto, una lógica inmutable, establecida a partir de aquella génesis de la «naturaleza» intemporal de las relaciones entre los estados soberanos. Para muchos realistas, la ontología de la disciplina se completó hace unos quinientos o cuatrocientos años, y a partir de ese momento las «leyes de la naturaleza» del sistema internacional determinarían de modo inexorable los límites de actuación de los sujetos estatales. Con estas formas de escribir la historia, se supone que el estado territorial y el sistema de estados son entes inmutables que se rigen por leyes intemporales, establecidas de una vez por todas en un «principio de los tiempos» (pre)político. Stephen Toulmin ha señalado que la época en la que se sitúa el nacimiento del sistema de estados (westfaliano) es además un período en el que, una vez

⁹³ G. Mattingly, *Renaissance Diplomacy*, Houghton Mifflin, Boston, 1971, pp. 91-100.

⁹⁴ Martin Wight mantiene que el sistema de estados en realidad vio la luz a comienzos del siglo XV, pero que necesitó unos doscientos años para «madurar» como tal, con lo cual considera que «[A]t Westphalia the states-system does not come into existence: it comes of age». Wight, *System of States*, p. 152.

⁹⁵ Wight, *System of States*, p. 25 y ss.

⁹⁶ G.W. Gong, *The Standard of «Civilisation» in International Society*, Clarendon Press, Oxford, 1984, y J.L. Holzgrefe, «The Origins of Modern International Relations Theory»: *Review of International Studies*, 15:1 (1989), pp. 11-27.

terminadas las guerras religiosas en Europa, se ve combinada la «ansiedad cartesiana» en la filosofía con la búsqueda de certezas doctrinarias en asuntos relacionados con la autoridad política⁹⁷.

Entendemos —frente a las concepciones sobre esas *leyes intemporales* de lo político— la «historicidad» de forma genealógica, como contingencia y mutabilidad, lo cual implica tener en cuenta las inevitables e innumerables acciones de interpretación y *re-interpretación* de los conceptos políticos. Es decir, las nociones sobre el sistema internacional y sus componentes no dependen de una *génesis per se*, sino de las formas en las que en sucesivos presentes construimos la(s) historia(s) sobre pretendidos momentos originarios, con las que, discursivamente, construimos y *re-construimos* la realidad política como lazos entre pasado(s), presente(s) y futuro(s).

Desde este punto de vista, la *historicidad* no significa origen estable, intemporal y perfectamente rescatable, sino que indica el carácter contingente e inestable de los conceptos que, en el tiempo y en el espacio, presentan una multitud de usos y definiciones. Recordemos lo que decía Nietzsche: «sólo es definible lo que *no tiene* historia»⁹⁸, lo cual nos puede ayudar a entender la historia, no como un proceso que produce o revela significados estables, sino como algo que en sí depende de constantes prácticas interpretativas en sucesivos momentos y espacios. Esto además implica considerar la función que desempeñan las diferentes perspectivas y nociones temporales que se utilizan en un discurso político, para hacer afirmaciones sobre tiempos politizados, en los cuales pasado, presente y futuro se expresan en términos de orígenes, direcciones y metas.

Manteniendo el punto de mira sobre aquellas fechas entre la Edad Media y el mundo Renacentista, en las cuales es lugar común situar el «nacimiento» del sistema de estados, podemos encontrar perspectivas que nos permiten inquirir sobre fenómenos, invirtiendo algunas nociones sobre las circunstancias que posibilitarían la construcción de imágenes sobre los estados y las relaciones entre ellos como una lógica dada. Algunos autores han señalado que el estado moderno pudo encarnarse como un cuerpo intemporal e inmutable, no únicamente con la ayuda de determinadas ideas sobre el territorio político y sobre la naturaleza del estado, sino también asistido por una transformación de la noción del tiempo político en la baja Edad Media. Ernst Kantorowicz afirma, en su estudio sobre teología política medieval, que el cambio del concepto de tiempo fue uno de los grandes elementos transformadores del pensamiento occidental a finales de la Edad Media, y afirma que «por lo que parece, [este ‘nuevo’ concepto de tiempo] todavía impera con el mismo vigor en el pensamiento moderno» hasta nuestros días⁹⁹.

⁹⁷ S. Toulmin, *Cosmopolis: the Hidden Agenda of Modernity*, University of Chicago Press, Chicago, 1990, p. 89 y ss.

⁹⁸ Nietzsche, *La genealogía de la moral*, p. 91.

⁹⁹ Kantorowicz, *Los dos cuerpos del Rey*, pp. 261-262.

Pero si observamos la contingencia y la permeabilidad de los espacios políticos, se abren posibilidades de estudiar su existencia como sucesivos artificios ontogénicos, en lugar de suponer que los mismos espacios constituyen puntos arquimédicos, sobre los cuales podría *descansar* cualquier estudio de la política, tanto *internacional* como *doméstica*.

Metáforas de tiempo, espacio y comunidad

En la tradición realista de las Relaciones Internacionales, como hemos visto, se construye el estado-nación como un monolito sempiterno dotado de una voluntad *propia* que, hacia su exterior, se expresa mediante una *Realpolitik* voraz, indispensable e inevitable para la supervivencia en un medio hostil entre otros entes de la misma especie, dotados de otras tantas voluntades *propias*. La segunda dimensión de lo que algunos han denominado el «double move of realist discourse» de las Relaciones Internacionales consiste en afirmar que la comunidad política se basa en una identidad intemporal, constituida por una supuesta presencia social original que abarcaría toda la experiencia política que pueda tener lugar (siempre dentro de ese espacio originario y estático)¹⁰⁰. La idea de exteriores e interiores políticos dados no sólo es propiedad de las Relaciones Internacionales, sino que está también presente en la Teoría Política.

En la Teoría Política contemporánea vemos, por ejemplo, cómo una misma concepción del espacio político domina a ambos contrincantes en el debate entre comunitaristas y neocontractualistas. La metáfora neocontractualista sobre un momento originario de la comunidad política racional comparte, curiosamente, con su más feroz crítica comunitarista, supuestos sobre la naturaleza de la realidad política y sus necesidades. Tanto el comunitarismo como el racionalismo neocontractualista *buscan* fervorosamente o *presuponen* como factible un principio *originario* como fundamento intemporal y/o definitivo para la vida pública. Los neocontractualistas tienden a hacer uso de metáforas sobre individuos que en un momento dado establecen un acuerdo racional en alguna «posición original», desde la «perspectiva de ninguna parte» o detrás del desinteresado «velo de la ignorancia»¹⁰¹. Los comunitaristas se expresan con imágenes sobre una identidad cultural organicista idéntica a sí misma que, una vez *des*-cubierta, no presenta problemas de (in)definición y contingencia.

¹⁰⁰ R. K. Ashley. «The Politics of Geopolitical Space»: *Alternatives*, 12 (1987), pp. 413-414.

¹⁰¹ Sobre el funcionamiento de las metáforas rawlsianas como estrategias de pretender librar el momento contractual de todo perspectivismo, incluso de la misma metáfora de la que se nutre, véase F.R. Ankersmit, «Metaphor in Political Theory», en F.R. Ankersmit y J.J.A. Mooij (eds.), *Knowledge and Language*, Kluwer, Dordrecht, 1993, pp. 170-171.

Tanto el neocontractualismo como su crítica comunitarista, tienden a establecer criterios de intemporalidad y espacios cerrados como fundamentos intrínsecamente necesarios para poder hablar de (y estudiar) la política. Rawls entiende, al fin y al cabo, que las sociedades (nacionales) objeto de la teoría moral contractual son *formas autosuficientes* de cooperación social, lo cual excluye o desplaza los problemas de definición de los límites de esa *forma* de sociedad¹⁰². Bonnie Honig argumenta que el hecho de encontrar coincidencias entre un comunitarista como Sandel y un neocontractualista como Rawls no es de extrañar, puesto que ambos:

«were susceptible to a quite damaging likening all along. Indeed the terms of their opposition were secured by the need of each to construct his version of the same in opposition to the other. From a perspective that calls precisely that binary into question, in this case, a *virtù* perspective, the opposition between Rawls and Sandel begins to look more like an alliance, one whose success has been the exclusion and marginalization of destabilizing perspectives and characters»¹⁰³.

Desde nuestro punto de vista, la comunidad política no es dada y prepolítica, susceptible de ser *des*-cubierta o *ex*-presada, como quieren hacer entender muchos autores comunitaristas, afirmando que la gran carencia de las sociedades modernas consiste en que la identidad colectiva, tradicional y virtuosa —base para su buena vida pública— se ha dispersado. Desde semejante punto de vista, la virtud política sólo podría (re)hacerse mediante la reconstitución de una *Tradicición*, capaz de (re)encontrar una comunidad idéntica a sí misma y plena de virtudes públicas expresables únicamente en un espacio intracomunitario. La idea de una *pólis* cerrada y unívoca guiada por la *Tradicición* la encontramos, por ejemplo, en las ideas defendidas por MacIntyre y Sandel que profesan la concepción de una comunidad política *fuerte* en este sentido¹⁰⁴.

Frente a los enfoques de la Teoría Política (e, indirectamente, de las Relaciones Internacionales) que defienden expresamente, o presuponen implícitamente, la idea de una comunidad política unívoca (cuando no homogénea), construida sobre una *Tradicición* fuerte (por no decir autoritaria) fácilmente identificable y asumible por todos los miembros de un territorio, argumentamos que la misma noción de *pólis* siempre forma parte inte-

¹⁰² C.W. Beitz, «Cosmopolitan Ideals and National Sentiments»: *Journal of Philosophy*, 80:10 (1983), p. 594.

¹⁰³ Honig, *Political Theory and the Displacement of Politics*, pp. 198-199. [«siempre fueron susceptibles de un parecido peligroso. Realmente sus términos de oposición fueron asegurados por la necesidad de cada uno de ellos de construir su versión de él mismo como contrincante del otro. Desde una perspectiva que pone este binomio en cuestión, en este caso una perspectiva *virtù*, la oposición entre Rawls y Sandel empieza a parecerse más a una alianza, cuyo éxito ha supuesto la exclusión y marginalización de enfoques y caracterizaciones desestabilizadores».]

¹⁰⁴ C. Thiebaut, *Los límites de la Comunidad*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992, pp. 104 y ss.

grante de actividades discursivas que crean significados mutables con los que se constituyen y *re*-constituyen lo político y sus fronteras. Esto también es así en lo que respecta a nuestra postura frente a la escuela neocontractualista que tiende a *presuponer* un espacio estático y cerrado en el momento contractual y originario del *demos*. Este tipo de convergencia ontológica entre perspectivas comunitaristas y neocontractualistas también lo podemos encontrar en el enfrentamiento reduccionista y dialéctico acerca del *self* en lo político, en el cual: «[T]hose who seek to place only their own conception of the self within the reach of politics are as mistaken as those who would preclude such matters from politics»¹⁰⁵.

Con supuestos sobre un espacio político estático e intemporal se ha pretendido convertir las diferencias *interiores* en seguridad, desplazando la *inseguridad* hacia el exterior y reduciendo así las identidades y lealtades a una *comunidad* o *forma* interior (o intraterritorial). Este desplazamiento supone, a su vez, una concepción del espacio político inspirada en una geometría euclidiana de formas estáticas, con lo cual se pretende fundar una *pólis* con límites supuestamente unívocos entre el dentro y el fuera. Gaston Bachelard ha descrito semejante idea del espacio y su función metafórica:

«Dentro y fuera constituyen una dialéctica de descuartizamiento y la geometría evidente de dicha dialéctica nos ciega en cuanto la aplicamos a terrenos metafóricos. Tiene la claridad afilada de la dialéctica del *sí* y del *no* que lo decide todo. Se hace de ella, sin que nos demos cuenta, una base de imágenes que dominan todos los pensamientos de lo positivo y de lo negativo»¹⁰⁶.

Una de las expresiones clave para esta forma de entender la comunidad política es el uso de figuras retóricas con las que se describe el actor interestatal como, por ejemplo, una nave, una persona o una *personalidad colectiva*. Estas figuras no son «simple ornamentación», sino que constituyen nociones fundamentales sobre el espacio político que, en este caso, se reifican en discursos sobre sujetos unitarios que se mueven en el sistema internacional, entes supuestamente bien delimitados por una distinción definitiva entre interior y exterior. Pero si adoptamos una postura que, en lugar de tomar ese nexo entre interior y exterior político como algo dado por la presencia de un ente monolítico, lo contempla como *artificios* retóricos y discursivos que necesitan de constantes delimitaciones para poder persistir, esto nos posibilita inquirir sobre cómo se inscriben las identidades políticas en función de las concepciones de tiempo y espacio de las que se hace uso en el lenguaje político.

¹⁰⁵ P. Digeser, *Our Politics, Our Selves?*, Princeton University Press, Princeton, 1995, p. 7. [«Los que pretenden situar sólo su propia concepción de *self* al alcance de la política están tan equivocados como los preferirían eliminar semejantes cuestiones de la política.»]

¹⁰⁶ G. Bachelard, *La poética del espacio*, F.C.E., México D.F., 1986, p. 250.

Si insistimos en que el lenguaje no constituye flujos (ni edificación) de *cosas*, sino *continuas* actividades de construcción, hemos de considerar que para crear nociones de pertenencia política y colectiva se trata de realizar *continuas* definiciones y *re*-definiciones de inclusión y exclusión, para poder afrontar situaciones nuevas haciendo uso de términos antiguos y nuevos. De esta forma, se plantea una perspectiva desde la cual no tengamos que partir de unas comunidades predefinidas en forma de monolitos antropomórficos como axioma inmutable para estudiar las relaciones internacionales y la teoría política. Sostenemos, por el contrario, que las nociones sobre entes políticos cobran sentido en actividades retóricas y discursivas, sin las cuales no podrían «vivir» los objetos y sujetos políticos. Es decir, no tomamos las imágenes sobre dentro/fuera, identidad/diferencia y nacional/internacional como fundamentos dados, sino como objetos de estudio que dependen de lenguajes que las construyen *como si* fueran dados en el tiempo y en el espacio.

Inquirir sobre la *pólis* y sus límites de este modo puede abrirnos posibilidades de entender lo político, no como el funcionamiento o la edificación de «cosas» (ni de «monumentos»), sino como *actividades* con las que se construye y se transforma la convivencia de los ciudadanos, lo cual incluye la *re*-definición de los límites del mismo espacio político, en donde se realizan las actividades públicas. Pretendemos así subrayar que los interiores y exteriores políticos son artificios simbólicos que dependen de constantes prácticas retóricas. La existencia de espacios políticos, como *lugares comunes*, no se debe a un acto fundacional, a una identidad original ni tampoco a una teleología trascendental. Al destacar la ineludible actividad de *artificio* que implican los entes políticos, insistimos en que la contingencia y mutabilidad de identidades y diferencias no es una disfunción de lo político, sino que constituyen una parte inherente a ello. Se trata de una actividad que constantemente amenaza o promete con transformar — tanto desde «dentro» como desde «fuera»— las mismas nociones de interior y exterior. Y no debemos olvidar que estas imágenes del espacio político se sitúan tanto dentro como fuera de «nosotros» siempre permeables.